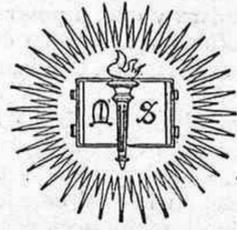


La Ilustración Artística

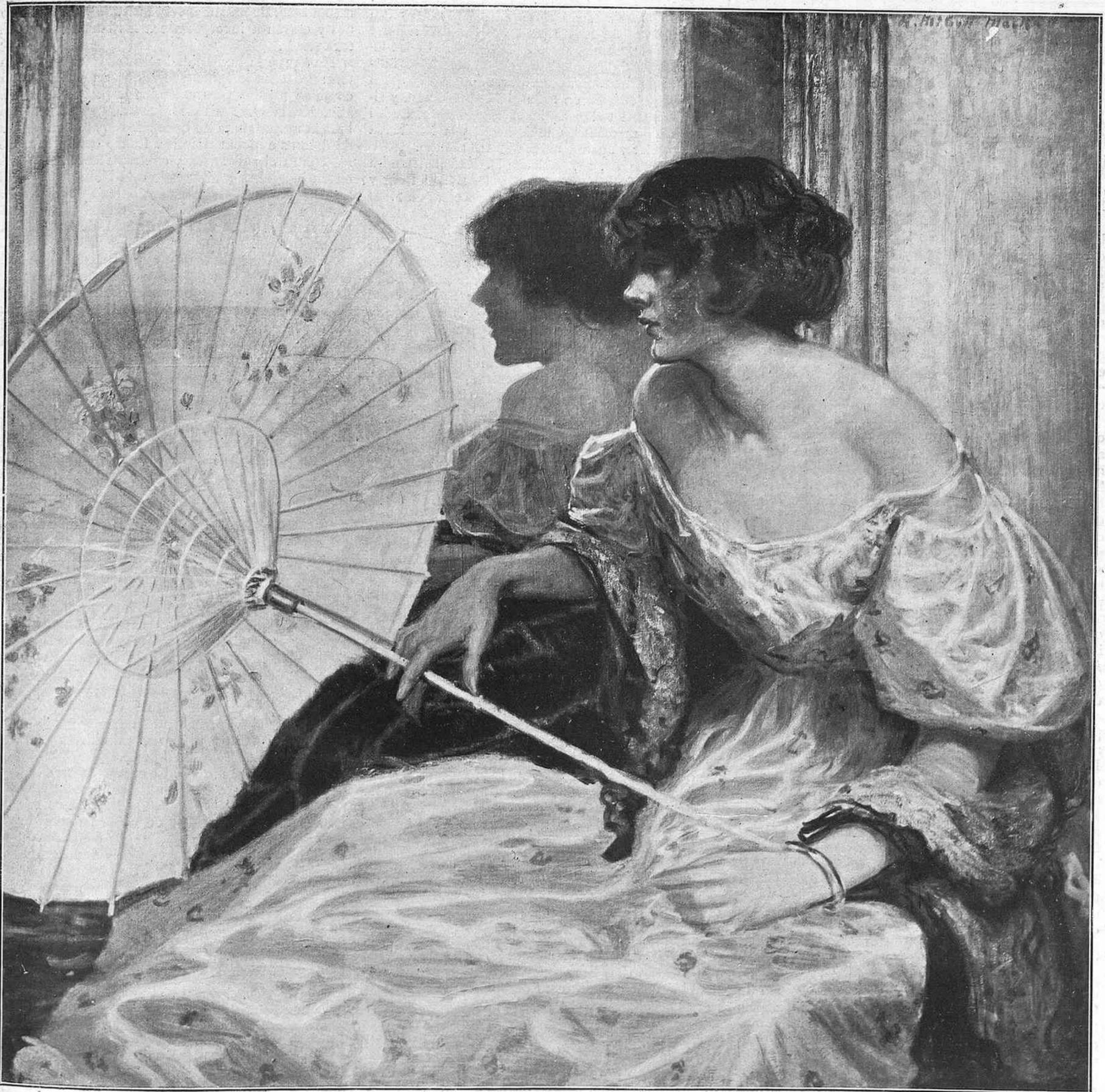


AÑO XXXIII

BARCELONA 10 DE AGOSTO DE 1914

Núm. 1.702

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1914



LA SOMBRILLA JAPONESA, cuadro de G. Mackall. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

SUMARIO

Texto. — *De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *La ruta del azar*, por Luis G. Manegat. — *El general Weyler en Melilla*. — *La guerra europea*. — *El juramento de Nadiá* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Estreno de «Don Gil de las calzas verdes»*. — *Juan Jaurés. Manifestación patriótica en Monza*. — *La aviadora Gayat de Castilla*. — *Valencia. Concurso de bandas*. — *El nuevo transatlántico «Príncipe de Asturias»*. — *Lourdes. El XXV Congreso Eucarístico Internacional. La procesión de clausura*. — **Grabados.** — *La sombrilla japonesa*, cuadro de G. Mackall. — Dibujo de Luisa Vidal, ilustración al cuento *La ruta del azar*. — *Retrato*, pintado por Amán Jeán. — *Melilla. Visita del capitán general D. Valeriano Weyler* (lámina). — *La guerra entre Austria y Servia* (dos láminas). — *En la playa*, cuadro de E. Louyot. — *Antes del baile*, cuadro de Luis de Langenmantel. — *La guerra europea. Manifestación patriótica recorriendo las calles de Berlín*. — *Barcelona. Escena final de «Don Gil de las calzas verdes»*. — *Juan Jaurés. Monza. Grandiosa manifestación patriótica*. — *La aviadora Gayat de Castilla*. — *Valencia. Certamen musical celebrado en la plaza de toros*. — *El nuevo transatlántico «Príncipe de Asturias»*. — *Lourdes. El XXV Congreso Eucarístico Internacional. La procesión de clausura*.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Barcelona fué la ciudad escogida para celebrar en ella, este año, el VIII Curso Internacional de Expansión Comercial, que se había verificado en Budapest el año anterior. Más de doscientos extranjeros se apresuraron a inscribirse en dicho curso, profesores o alumnos distinguidos, casi todos, de las principales escuelas o universidades mercantiles de Europa, dando una cifra de inscripción no alcanzada en ninguno de los Cursos que han tenido lugar hasta aquí.

La organización del actual ha corrido a cargo de la Cámara de Comercio de Barcelona, que delegó la dirección en su inteligente y celoso secretario don Bartolomé Amengual. Esta organización no ha dejado nada que desear y, sin incurrir en jactancia alguna, puede asegurarse que ha constituido una verdadera sorpresa para casi todos nuestros visitantes, es decir, para todos los que desconocían los verdaderos recursos de España y de nuestra capital en este género de iniciativas, para cuantos no tenían otra noción de este país, que la coluniosa o incompleta del flamenquismo y la torería.

El Curso se compone de dos secciones establecidas con mucho tino: un curso de enseñanzas o ampliación de enseñanzas, propiamente dichas, y otro de conferencias sueltas, encargadas a especialistas o a personas de reconocida competencia, sobre temas que abrazan toda la geografía de la nación y pueden dar de ella una visión de conjunto, empezando por el relieve físico, siguiendo por su producción en todos los órdenes y llegando hasta el arte, la literatura y el alma del pueblo. Una serie de excursiones, visitas y fiestas vienen a completar el programa.

Las tareas empezaron el día 27 del pasado julio, en el magnífico edificio de la Lonja, asistiendo a la inauguración un notable concurso de extranjeros, de forasteros y de barceloneses. Antes de la primera conferencia, el director del Curso, Sr. Amengual, dirigió, en francés, una expresiva salutación a los concurrentes, y a los matriculados extranjeros en primer término, asegurándoles que se procuraría corresponder a las esperanzas que les habían atraído a España, y que así en Barcelona como en las demás ciudades que visiten hallarán un deseo veheméntísimo de hacerles agradable su estancia entre nosotros. Después, en castellano, saludó también afectuosamente a los inscritos nacionales de fuera de Cataluña, agradeciendo su valiosa cooperación y, por fin, en catalán, habló a los matriculados de esta tierra y a cuantos han ayudado aquí al buen éxito del curso, para agradecerles el celo con que cumplen sus deberes patrióticos y contribuyen a que se lleven a recuerdo grato de Cataluña los demás concurrentes.

La primera conferencia, que se dió acto seguido, tenía por asunto el «Resumen general de la Geografía de España» y estuvo a cargo del catedrático del Instituto de Gerona D. Rafael Ballester, uno de los pocos hombres de estudio que en nuestro país han enfocado con verdadera vocación y sentido moderno la cuestión de la geografía, generalmente tan rutinaria, tan inexpressiva y tan muerta en la enseñanza española. Con claridad y justo colorido de frase, con imágenes que daban relieve corpóreo a los conceptos, expuso el Sr. Ballester que España debe considerarse como un conjunto de regiones en que geología, climas, recursos, idiomas y costum-

bres todo es variado, conjunto caracterizado por ser una transición territorial entre Europa y Africa. En resumen, dijo que España está muy lejos de ser una tierra de promisión, como se ha sostenido por mucho tiempo; que la zona de verdadera fertilidad debe evaluarse sólo en un diez por ciento del área total; que la riqueza minera es grande, pero poco explotada; que la industria se localiza sólo en algunas zonas marítimas activas y que, a pesar de todo, se observa en la actualidad un esfuerzo creciente, en todos los órdenes económicos, que hace abrir el pecho a la esperanza.

Sobre la «Agricultura española» disertó seguidamente el director de la Granja Agrícola de Palencia D. José Gascón, constituyendo su trabajo una monografía completa, en la cual concienzudamente se valoran y gradúan las producciones y se separan y caracterizan sistemáticamente las regiones agrícolas: cantábrica, occidental, central, oriental o mediterránea e ibérica, extendiéndose este estudio a las industrias agrícolas y a las instituciones económicas auxiliares.

Habló, por último, el mismo día, D. Federico Rahola sobre el tema «Barcelona en la Historia del Comercio», desplegando en su discurso toda su competencia de ilustre economista e investigador, toda su emoción de patriota. Evocó, con elocuencia, el pasado mercantil de nuestra patria, mostrando cómo de entre las más densas brumas de la Edad Media van destacando poco a poco el genio y las leyes marítimas de los catalanes, desde los Usajes hasta el libro del Consulado de Mar, adoptado después como código común, en todo el Mediterráneo, y siguió una a una todas las instituciones y vicisitudes de ese genio mercantil, que destaca en la Península como singular y aparte, hasta nuestro tiempo.

El siguiente día, 28, hablaron D. Rafael Altamira de «La civilización española» y D. Rafael Roig y Torres sobre «La producción vinícola española». El Sr. Altamira sintetizó hábilmente el cuadro de dicha civilización; determinó la época en que España empezó a ser un factor apreciable en la historia de la cultura; estudió el período romano, el visigótico y la transmisión de la cultura árabe y judía a los demás pueblos de Europa y la situación de España en el mundo moderno. El Sr. Roig y Torres expuso con eficacia y profusión de datos la importancia absoluta de nuestra producción vinícola y el puesto que le corresponde entre las demás grandes producciones del mundo, estudiando también los medios de cultivo y de elaboración y los grandes trabajos de replantación después de la filoxera, que suma ahora un conjunto de un millón y medio de hectáreas con un producto de 25 a 30 millones de hectolitros de vino.

Tocó su turno el día 30 a D. José Gascón y Marín, catedrático de la facultad de Derecho de Zaragoza, quien hizo un notable resumen de «La organización política y administrativa de España, desde el Rey hasta el Ayuntamiento y desde el Consejo de Estado y las Cortes hasta el último y más modesto de los servicios públicos». Examinó la constitución de nuestros partidos y la influencia de la prensa y el mitin y dejó, en suma, informados a sus oyentes del verdadero estado de nuestra organización.

Habló a continuación D. Ignacio Girona, ocupándose de «La producción olivarera» haciendo resaltar la importancia y la riqueza de este elemento, en el cual España ocupa el primer lugar: casi un millón y medio de hectáreas de cultivo por cerca de dos millones de quintales métricos de aceite. La exportación en los últimos años puede valuarse en unos 50 millones de pesetas por aceite y unos 10 millones por aceitunas en conserva. Estudió también admirablemente los sistemas de cultivo y fabricación. Y le siguió el catedrático de la Universidad Central D. José Ramón Mélida, hablando de «La civilización romana y sus monumentos en la Península ibérica», asunto que abordó y concretó muy felizmente, dando una idea valorada y justa de todos los restos monumentales, por orden de importancia e interés.

Y lo mismo el día siguiente. El que firma estas líneas habló de «La psicología del pueblo español», el Sr. Marqués de Camps trató con gran lucidez de «El arbolado en España» y el Sr. Gómez Moreno, también ilustre catedrático de la Central, disertó sobre «La cultura árabe y sus monumentos en la Península»...

A estas horas siguen las conferencias. El conjunto resulta del mayor interés. Las visitas a fábricas, establecimientos e instituciones públicas, a centros y bibliotecas corroboran la grata impresión y sorpresa de los visitantes. Los viajes y excursiones de recreo les inician en el conocimiento de la verdadera España y en el aprecio de su gran historia y de sus

pasados esplendores. Todo hace de ese Curso de Expansión Comercial no sólo una gran obra educativa, sino también una gran obra patriótica.

Pero, he aquí que un gran nubarrón aparece en el horizonte de la parte de Europa, allá sobre las cumbres más altas de los Pirineos: algo así como una tromba formidable que corre girando en torbellino y amenaza descargar, y deshacerse en diluvio y sepultar medio continente...

* * *

Es la conflagración europea que se aproxima y a la cual, por su mismo horror, por su misma magnitud, por su misma grandeza trágica y absurda, la gente se empeña en no dar crédito y en sostener que se trata de una pesadilla, de una confusión, de una apariencia.

Y, no obstante, la realidad hace su camino. Los acontecimientos van de prisa. Esos mismos jóvenes que, ilusionados acaban de entrar en España y van a ver el delicioso país «donde el naranjo florece», reciben aviso inmediato de sus familias, de su Gobierno, de su Consulado para que se restituyan a la patria lejana y empuñen allí las armas fraticidas, acaso contra los mismos compañeros de curso llamados con idéntico objeto por su respectivo país. Y, a media miel, dejan sus clases, su viaje y sus diversiones y corren a incorporarse a las banderas que les toca servir.

He aquí a la humanidad retratada de cuerpo entero: progresa, imagina progresar; especula, piensa, combina medios para extender la prosperidad y la abundancia sobre la tierra, para asegurar a los hombres la mayor suma de beneficios con la menor suma de dolores e incomodidades. Lucha contra la pobreza, contra el sufrimiento, contra la enfermedad. Se envanece de haber arrancado a la Naturaleza sus últimos secretos, de «haber arrebatado el rayo a los cielos y el cetro a los tiranos», de haber asegurado para siempre el triunfo de la razón, de la paz, de la benevolencia...

Y, en el momento menos pensado, cuando se halla en la cumbre de su orgullo y de su delirio de grandezas, la realidad, con brusca sacudida, derribala de su pedestal y el odio y la discordia aparecen sobre la porción más noble y más escogida de la especie humana, sobre la misma que ha sido hasta ahora el elemento productor y conductor de la más alta civilización.

Jamás el mundo había presenciado un espectáculo semejante. Jamás nuestra generación pudo creer que llegarán para ella esos días apocalípticos de la conflagración universal, que diputaba meras fantasías de los alarmistas o de los diplomáticos de salón. Cuarenta años de paz ininterrumpida sobre el genuino solar de Europa habiánnos acostumbrado a las dulzuras de la vida sin sobresaltos ni temores, sin riesgos ni sangre. Todo eso ha venido a tierra de un soplo y nos preparamos a presenciar uno de los espectáculos más horribles, uno de los cataclismos más espantosos que haya registrado la historia.

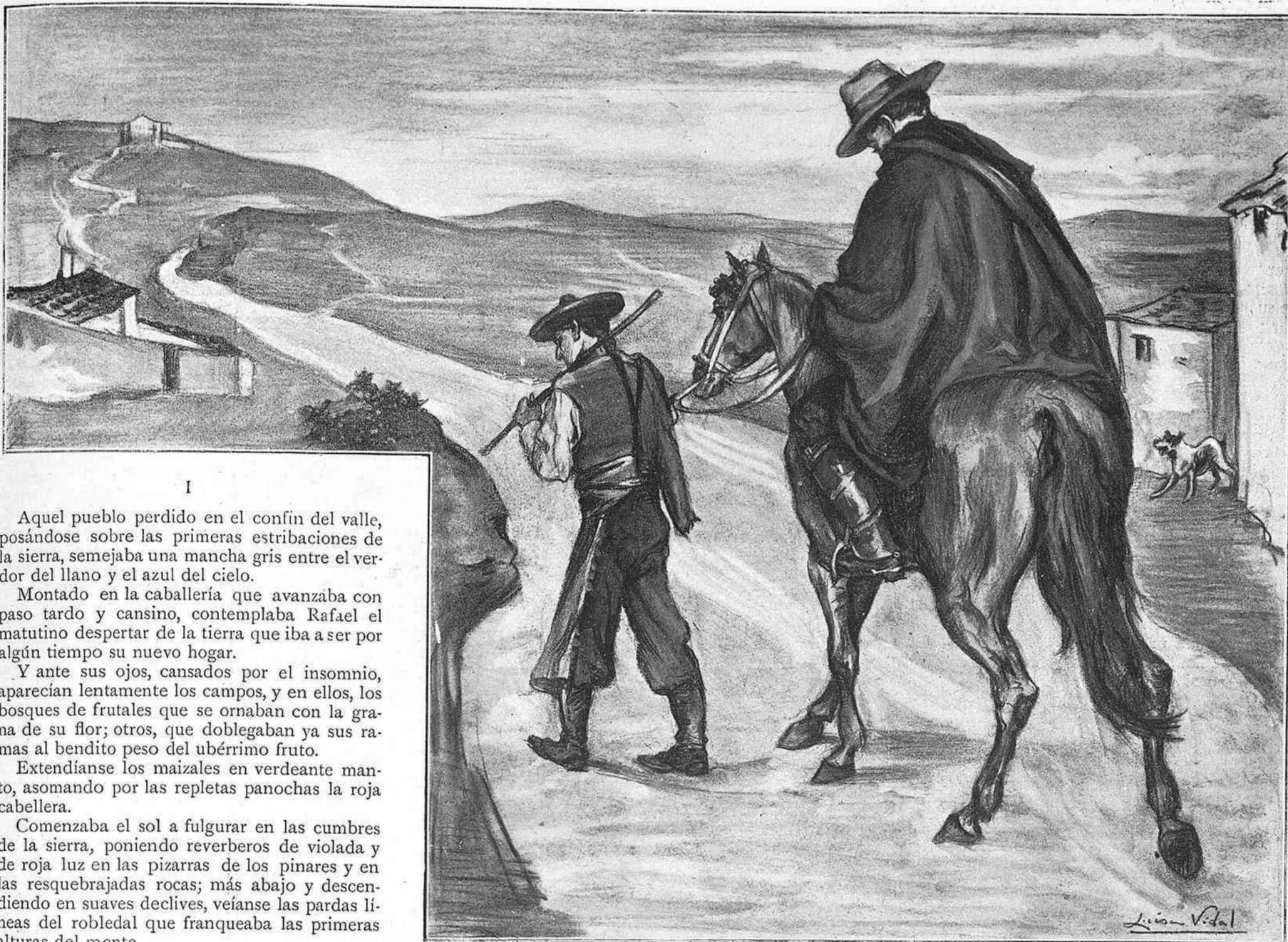
El estampido del cañón ha llamado a esos jóvenes que se dedicaban en Barcelona, tranquilamente, a las tareas del Curso de Expansión Comercial; que estudiaban, que observaban, que enriquecían su espíritu y abrían su corazón a la esperanza en nuestros destinos y la fraternidad entre los pueblos. Pero vino el odio y los llamó a sus filas; y aquel trabajo silencioso de paz y de cultura, de amor y de abundancia quedó violentamente cortado por la apelación a los instintos y fierezas primitivos, por el retorno momentáneo a la barbarie.

Así en todo el mundo. El mismo toque del clarín de guerra ha suspendido en todos los continentes el ritmo vital de la economía, de la existencia humanas. Los grandes buques de vapor se encierran en los puertos; las bolsas y casas de contratación suspenden su tráfico y sus compras y ventas; los hilos y cables son confiscados y cortados o resultan inútiles para su servicio de mediación universal y generosa; los faros se apagan dejando de señalar escollos y sirtes y todo parece callar o palidecer para que sólo se levanten de la tierra enrojecida los fragores del combate y los resplandores del incendio y las blasfemias de la desesperación.

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA RUTA DEL AZAR, POR LUIS G. MANEGAT, dibujo de Luisa Vidal



I

Aquel pueblo perdido en el confín del valle, posándose sobre las primeras estribaciones de la sierra, semejava una mancha gris entre el verdor del llano y el azul del cielo.

Montado en la caballería que avanzaba con paso tardo y cansino, contemplaba Rafael el matutino despertar de la tierra que iba a ser por algún tiempo su nuevo hogar.

Y ante sus ojos, cansados por el insomnio, aparecían lentamente los campos, y en ellos, los bosques de frutales que se ornaban con la grana de su flor; otros, que doblegaban ya sus ramas al bendito peso del ubérrimo fruto.

Extendíanse los maizales en verdeante manto, asomando por las repletas panochas la roja cabellera.

Comenzaba el sol a fulgurar en las cumbres de la sierra, poniendo reverberos de violada y de roja luz en las pizarras de los pinares y en las resquebrajadas rocas; más abajo y descendiendo en suaves declives, veíanse las pardas líneas del robleal que franqueaba las primeras alturas del monte.

El cielo, de plumizo color, fué tornando acarminado, hasta llegar a un azul intenso.

Poco a poco esfumábase la niebla, que cual sudario cubría el pueblo, y fueron apareciendo sus casas, montadas unas en terraplenes formados en el monte, agazapadas las otras a su falda.

Todo el campo, todo el valle, tapizábase con sus más ricos colores, y aparecía remozado, fresco, brillando todavía en las hojas de sus plantas la irisada perlería del rocío.

Junto a las casas de labranza, en las eras, formaban montículos de oro las hacinadas gavillas de trigo.

Por el camino, polvoriento, serpenteante, avanzaban los labriegos, los apeos al hombro, camino del trabajo.

Al pasar junto a Rafael y al aldeano que haciale de guía, volvíanse, curiosos, extrañados de la presencia del viajero.

Rafael Montijo de Céspedes acudía a aquel pueblo en busca de paz para el alma y de reposo y salud para el cuerpo.

Su historia, lector, era una vulgar y común historia, aunque él estaba ajeno a esa mansedumbre y vulgaridad por creerse muy sobre ella.

Mimado por la fortuna y casi huérfana su alma de los amorosos lazos familiares, no conoció Rafael, en su niñez y juventud, la salvadora presión de éstos y sí los halagos y facilidades de aquélla.

Habiendo recibido esmerada educación y por su nacimiento, contaba en la corte, donde residía, un buen número de amistades, cosa, además, que nunca falta cuando sobran títulos y caudales.

La vida, en demasía muelle y regalada, llegó a poner hastío y aburrimiento en su espíritu, que él que no ha de resolver el azaroso problema del sustento, si no ocúpase en cosa alguna, mezquina distracción del ánimo son las diversiones del vivir ciudadano.

Un día, en el Casino, expuso a sus amigos la idea: quería abandonar a Madrid, partir lejos del bullicio de la corte, pero no a las cantábricas playas, donde es aún más encopetado el vivir; al corazón de España, a una aldea lejana, adonde no llegaran los estri-

denes ruidos de la civilización; quería abstraerse en sí mismo, reconcentrarse, por decirlo así; sentía agotadas todas las energías de su alma y en el vivir sosegado le daría nueva elasticidad y fuerza.

Acogieron sus amigos con burlas tales proyectos, y uno de ellos, Pepe Romero, que era el más íntimo, le ofreció estancia en una finca que poseía en un pueblo, que iba a llenar por completo el objeto que proponíase.

Pronto hizo los preparativos del viaje y cuando todos sus camaradas partían hacia el Norte, él, después de cruzar la Alcarria y de trasponer las sierras que miran ya las doradas arenas del Mediterráneo, asomó tras de seis horas de cabalgar desde la última estación ferroviaria en el pueblo en que había de hallar descanso al maltrecho y fatigado cuerpo.

La casa de su amigo Pepe Romero era grande y su aspecto el de esas casonas aldeanas mitad señoriales y mitad labriegas; cuidaban de ella unos colonos, los que se desvivieron en recibir y obsequiar cumplidamente al recién llegado, por ser amigo íntimo de su señor y dueño, el cual así habíasele encargado.

Al cruzar Rafael por las habitaciones de su voluntario refugio, sintió que comunicábase a su alma aquel suave ambiente de bienestar que de ellas emanaba. Era una penetrante sensación de alegría que iba invadiendo todo su ser, una lisonjera esperanza que abriase ante él, haciéndole vislumbrar el encanto, el reposo, la paz de su nueva vida.

II

«... Con toda seguridad que vas a reírte de mí llamándome sensiblero y cursi; en buena hora si esa sensiblería ha de curar mi dolencia, poniendo en mí nuevas y sanas energías; pero aguarda a formular tu juicio a que termine, cuando menos, de explicarte mi aventura, que aventura es y tanto más interesante cuanto era inesperada.

»Te digo anteriormente que habíame ya hablado de ella; hacíanse todos lenguas de su hermosura, de su discreción, de su fino trato, nada común a una pueblerina, y finalmente de sus caudales, que dicen ser muchos, pues es hija del cacique y primer contribuyente de estos contornos, D. Juan Antonio, así llámase, creo debes conocerle. ¿Verdad? Bueno, pues volvamos a la hija; no mentían y ni siquiera exageraban las gentes en sus elogios, antes bien quedábanse cortos al hacer el retrato de Pilar; y ahora va la explicación de cómo y cuándo fué la primera entrevista.

»¿Tú sabes dónde está el castañar de *Las Rosas*? Al final de la vereda que partiendo del pueblo pasa por la *Fuente*, un kilómetro escaso; es un paseo delicioso, todo sombra; en la vereda forman dosel los álamos, y luego, el castañar, que enrosca sus brazos en complicadísima maraña. A la hora en que el sol hace refulgir en estallido de luz el llano y en que la tierra se caldea y cruje a su ardiente beso, amparado bajo las ramas de los seculares castaños gozase de la excelsa visión de vida que ofrece el valle; los maizales que amarillean ya, sus amorosas entrañas, de los copudos plátanos y el albo manto de los álamos; las tierras, parduzcas unas, las recién mojadas casi rojizas y aplacada su sed por las aguas; otras sedientas, mostrando en su color blanquecino el resecaimiento que las consume, haciéndolas agrietarse en espasmos de angustia al no poder por falta de jugo y savia dar fertilidad y vida a sus amorosas entrañas. Yo, que no había nunca contemplado este espectáculo, este sublime espectáculo de la naturaleza, que semeja dormida se agita y vive en mil ruidos y movimientos, lo hago ahora con una unción y un embeleso tal, que permanezco horas y horas observando los más nimios e insignificantes detalles.

»Pero estoy notando, querido amigo, que me he apartado por completo de lo que debía explicarte. Voy a ello ya sin más dilaciones.

»Aquel día, como de costumbre, madrugué, ¡ad-

... y un día, al amanecer, cabalgó camino adelante

Luisa Vidal

mírate!, yo madruggo; en mi paseo cotidiano hacia el citado castañar, me crucé con ella, con Pilar, a quien acompañaba su padre; nos saludamos, D. Juan Antonio me presentó a su hija; yo estaba complacido de conocerla y les invité a continuar su paseo hacia el castañar; así lo hicieron; hablamos mucho de Madrid, de sus diversiones, de su vida; ella mostró pesar de no conocerle y miraba a su padre con una carilla enfurruñada, como de reconvención; charlamos luego de diversas cosas y al dar por terminado nuestro paseo me despedí, ofreciendo saludarlos en su propia casa.

»No quiero hablarte ahora de la impresión que produjo en mi ánimo la primera entrevista; cumplí la promesa y a los dos días fui a visitarlos.

»Me recibieron don Juan Antonio y su esposa con grandes muestras de contento; a mí los minutos se me hacían siglos por ver a Pilar; llamaronla luego y apareció con aquella grácil desenvoltura en ella peculiar; vestía una falda azul de lanilla y una blusa de marinera blanca; el cuello, descubierta, mostraba su redondez y blancura; ahora caigo de que no te he hecho aún su retrato; no es muy alta, de una estatura regular, pero su cuerpo está amorosamente formado; morena, por el color del cabello y ojos, que su rostro y cuello son blancos; los ojos, negros y grandes, de fuego, de pasión, al entornar los párpados realzan las largas y sedosas pestañas; hay tanta luz y tanta dulzura en su mirar, que te juro, amigo, no haber visto en mi vida ojos de igual expresión; en sus modales, ligeros, pero no alborotados; en su risa, en su charla, en fin, toda ella emana una sensación de gracia y donosura que le dan singular encanto.

»Pareció mostrarse contenta de mi visita; se empeñaron en que los acompañara a comer y así lo hice; luego me enseñaron la casa; junto a ella hay una magnífica huerta y jardín cuidadosamente cultivado; los paseos, enarenados y con parterres a la inglesa, allí lucen los geranios en sus diversos colores; los caminales sombreados por frutales, ahora en flor; paseamos por ellos; D. Juan Antonio se rezagó algo conversando con el jardinero, Pilar y yo marchábamos delante; me iba mostrando los árboles, los rosales en que apuntan los capullos y dábame explicación de todo; llegamos a un bancal, formado por grandes y numerosas hileras de fresales; entre el verdor asomaba el rojo y sabroso fruto; Pilar fué cogiendo de él y colocándolo en sus manias; luego me lo ofreció sonriente; terminamos la provisión, quedaba sólo una fresa; yo, al tomarla, le oprimí la mano y la llevé a la boca, estampando en ella un fuerte beso.

»Quedóse quieta, desconcertada; luego se echó a reír, con una risa franca, quizás complacida de aquel atrevimiento. Le pedí perdón diciéndola que estaba bella, sobrehumanamente bella; luego, al despedirnos, nos miramos largamente, con una fijeza que hizo hablar a nuestros ojos lo que entonces no podían expresar los labios.

»Yo no sé decirte ya más de esta aventura; siento dentro de mí como si surgiera una nueva era en mi existencia; no me acuerdo de Madrid ni del Cantábrico ni de sus casinos ni de sus playas ni de sus cortesanas; pienso sólo en que la muchacha pueble-

rina de los negros ojos pueda un día quererme...»

* * *

«... Soy feliz, locamente feliz; dentro de tres me-



Retrato, pintado por Amán Jáen

ses me caso, tal como lo oyes, me caso; sus padres muéstranse satisfechísimos del enlace, pero se han puesto tercios en querer que su hija no se separe de ellos; yo, si debo confesarte la verdad, estoy entusiasmado de mi nuevo género de vida; residiré aquí, de vez en cuando haremos nuestro viajecito a Madrid...»

III

Daban fin las tareas de la vendimia, y el rojo y dorado fruto llenaba las cubas con la riqueza de su jugo; pronto los vientos otoñales azotarían el valle con su canto quejumbroso y lastimero, y el llano, perdiendo su lozanía y verdor, cubriríase con amarillenta capa; ya el sol no caldeaba la tierra y en el fondo, la silueta de los montes aparecía con una visión de escueta fijeza, dibujándose en el azul oscuro del cielo; llegaba noviembre, el mes tristón, nuncio de dolores y pesadumbres, y toda la naturaleza parecía llorar su arribo vistiéndose de pardos y siniestros tonos.

¡Las horas interminables del invierno, los días que a temprana hora hácese noche con su monotonía y amodorrante pesadez!

Rafael Montijo comenzó a oír con inquietud el sibido del viento en las callejuelas del pueblo, y habituado al regalo y comodidades de la corte, notó que entumeciase por el frío y otro frío más intenso comenzaba a paralizar los proyectos que hasta entonces abrigara, y terminó por sentir terror, un fiero y cobarde terror de hombre criado en la molición, a la puerilidad de recursos de que se disfrutaba en

la aldea, al orden, a la pausa de su nueva vida.

Alguna vez, al conjuro del mirar de su novia, avergonzábbase de la idea de la fuga, que cada día tomaba más impulso en su alma; pero como viera que ése mirar, que había escrutado ya su pensamiento, comprendiendo la lucha de su espíritu, iba languideciendo, surgieron con mayor impulso los recuerdos de su antiguo vivir, el casino, el ambiente de exquisitez y delicadeza de su confortable pisito de soltero, las sensaciones de la vida ciudadana, las provocativas donosuras de Carmita, la amiga de los ojos glaucos, enigmáticos, tentadores; las calles llenas de luz de la urbe hirviente de calor y placeres.

Y Pepe Romero, el amigo que fué confidente y pronosticara pasajera ilusión al enamoramiento de Rafael, acertó en su augurio y terminó, a su ruego, por remitir el telegrama conciso, apremiante.

Rafael trató de disfrazar su intento; volvería; asuntos urgentes obligaban su ausencia y un día, al amanecer, cabalgó camino adelante, junto a él el labriego que hacía de guía.

Tras un ventanal de la casona de D. Juan Antonio, Pilar, la muchacha pueblerina, vió cómo esfumábase entre la bruma del caminal la silueta del viajero; entonces sus ojos brillaban en ardientes destellos; luego murmuró:

— ¡Es su ruta, el vivir sin rumbo, la ruta del azar!

Y prorrumpió en llanto, un llanto amargo, con frenesí, convulsamente.

EL GENERAL WEYLER EN MELILLA

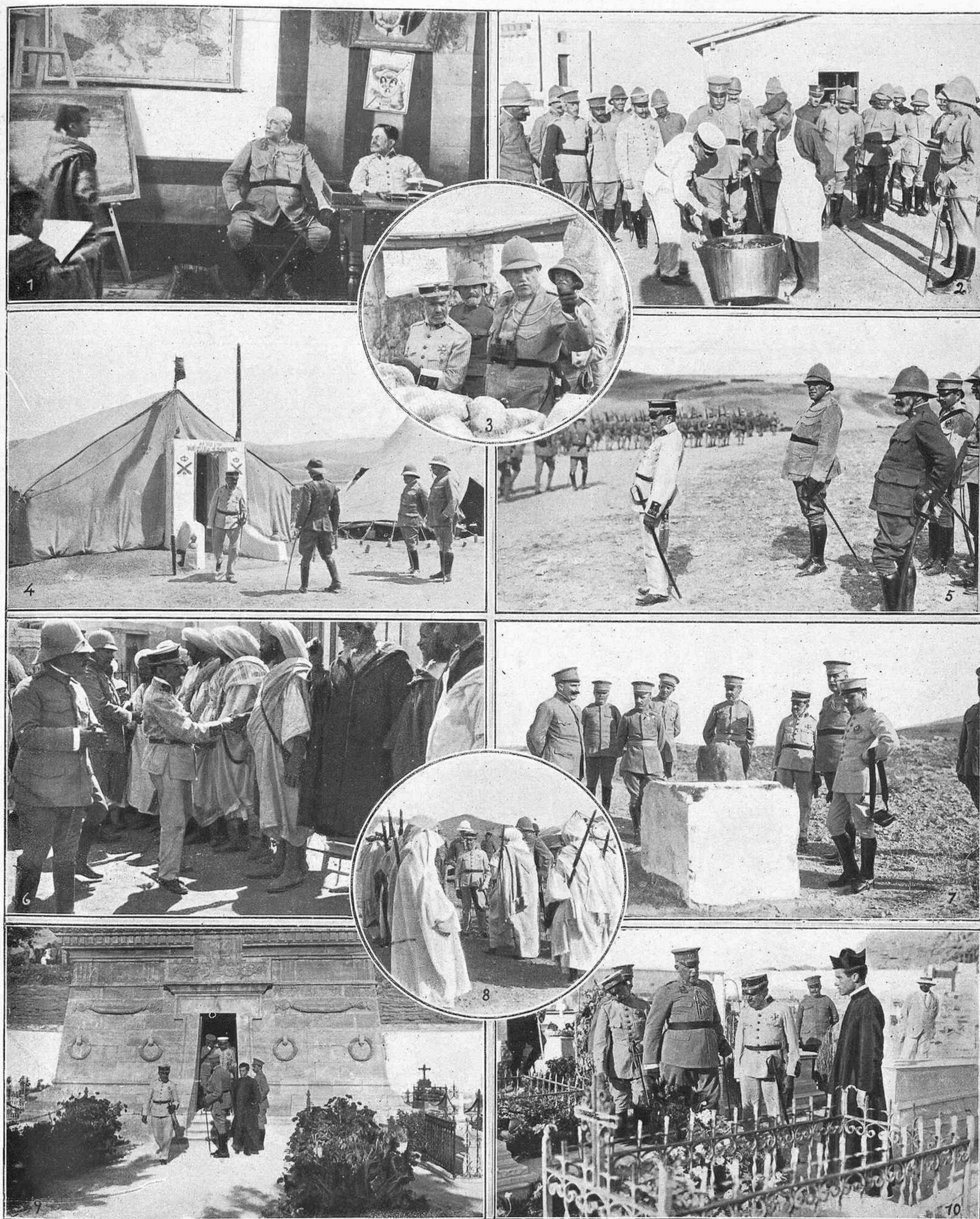
El capitán general D. Valeriano Weyler ha visitado recientemente nuestras posesiones africanas, habiendo llegado a Melilla, a bordo del crucero *Extremadura*, a las seis y media de la tarde del día 21 de julio último. Recibido por el general Jordana, que pasó a bordo a cumplimentarlo, el general Weyler bajó seguidamente a tierra, en donde lo esperaban comisiones civiles y militares, los caides del vecino campo y una compañía con bandera y música que le tributó los honores de ordenanza. Aquella misma tarde visitó el hospital Docker y al día siguiente los campamentos de Segangán e Iz Hafén, en donde felicitó al general Fridrich y al coronel Monteverde, y el de Tisafor, en donde fué ovacionado por la jarca amiga de Beni Bufagar.

El día 23, por la mañana, recorrió los campamentos y las posiciones avanzadas de Kaddur Ifrit, Ifrit Aitsa, Bucherit y Mers el Blad, y por la tarde visitó los edificios de la plaza y el cementerio en donde descansan los restos de los generales, jefes, oficiales y soldados muertos en las campañas de 1909 y 1911.

El día 24 estuvo en Zeluán y en la posición de Muley Rechid, llegando hasta el vado del Muluya y recorriendo un gran trozo de la margen izquierda de este río. Desde allí marchó al Zaio, en donde le dieron la bienvenida los jefes indígenas de la jurisdicción, y a las posiciones ocupadas en mayo último y a las demás de la cordillera de Ziaia. Por la tarde visitó el zoco del Had de Benisicar, en donde más de 500 cableños armados corrieron la pólvora; después estuvo en la enfermería indígena, en el consultorio y en la granja agrícola.

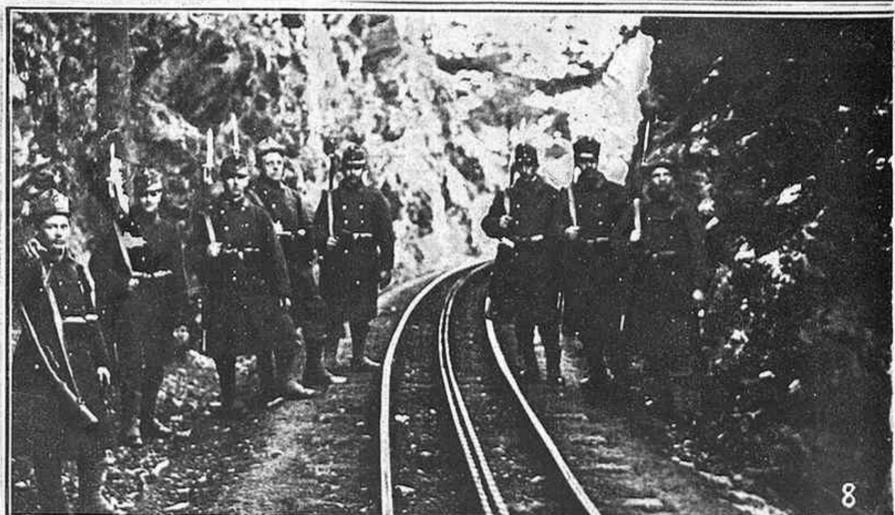
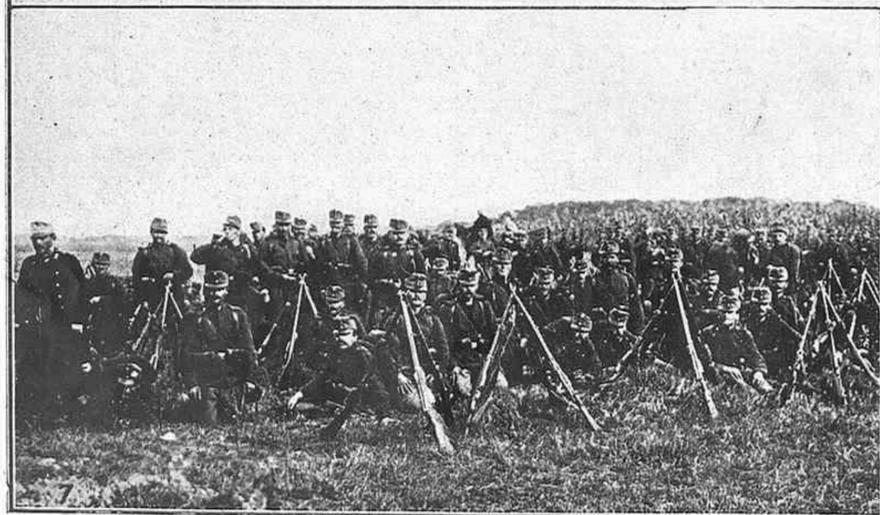
Al día siguiente visitó el campamento de la escuela mora de Nador, el campo de aviación de Zeluán y el monte Arrui; en este último punto revistó la primera brigada orgánica que manda el general Villalba. Dirigióse luego al macizo montañoso de Tistutín y a la posición de Tiguenz, y por la tarde estuvo en el barranco del Lobo, en donde el capitán Zegri, ayudante que fué del general Real, le explicó las operaciones del 23 y del 27 de julio de 1909 y le mostró la piedra que indica el sitio en donde murió heroicamente el general Pinto.

A las siete de la tarde embarcó el general Weyler en el vapor correo *Vicente Roda* con rumbo a Málaga, habiendo sido despedido con los honores correspondientes y habiendo felicitado al general Jordana por la labor realizada en aquella zona y por el excelente estado de las tropas.



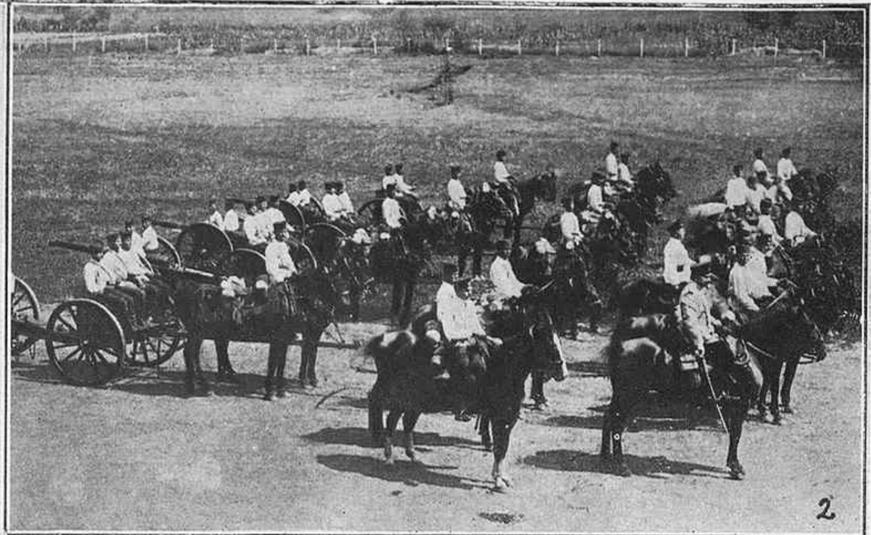
1. El general Weyler en la Escuela mora de Nador. - 2. El general Weyler probando el rancho en el campamento del monte Arrui. - 3. El general Weyler en las posiciones del río Kert, observando con los generales Jordana y Fridrich, desde el torreón del campamento de Iz Hafén, los montes de Tikermín ocupados por el enemigo. - 4. El general Weyler saliendo de visitar el depósito de municiones de la posición de Ifrit Aitsa. - 5. Regimiento de infantería desfilando por delante de los generales Weyler, Jordana y Fridrich en Iz Hafén. - 6. Los caides de las cabilas próximas a Nador saludando en el poblado de este nombre al general Weyler. - 7. El general Weyler en el campo de aviación conversando con los caides de Beni Bu Ifrur y Beni Bu Arg. - 8. El general Weyler en el Barranco del Lobo oyendo la explicación de los combates del 23 y del 27 de junio de 1909 y viendo la piedra que indica el sitio en donde murió heroicamente el general Pinto. - 9. El general Weyler saliendo de visitar las tumbas de los héroes muertos en las campañas anteriores a 1909. - 10. El general Weyler visitando las tumbas de los generales Agulla, Axó, Ordóñez, García Gómez y demás jefes y oficiales muertos en campaña.

LA GUERRA ENTRE AUSTRIA Y SERVIA. - EN AUSTRIA



1. Manifestación en pro de la guerra en las calles de Viena. - 2. Preparación de tropas y materiales en el Arsenal de Viena. - 3. La multitud delante del ministerio de la Guerra presenciando el transporte de víveres para el ejército movilizado. - 4. Transporte de materiales para la Cruz Roja. - 5. Una sección de la Cruz Roja partiendo para el teatro de la guerra. - 6. Embarque de tropas y materiales para la frontera. - 7. Infantería austriaca acampada en las inmediaciones de Semlin. - 8. Cazadores austriacos guardando el ferrocarril en la frontera de Servia. (De fotografías de Argus.)

LA GUERRA ENTRE AUSTRIA Y SERVIA. - EN SERVIA



1. Tipos de oficiales, suboficiales y soldados serbios. - 2. Batería de artillería servia. (De fotografías remitidas por Carlos Trampus). - 3. Caballería servia. - 4. Infantería servia. (De fotografías de M. Rol.) - 5. Mitin a favor de la guerra en la plaza del Teatro o del Príncipe Miguel, en Belgrado. - 6. Reservistas serbios partiendo para la guerra. - 7. Tropas serbias prestando juramento. (De fotografías de Chusseau-Flaviens.) - 8. El público en las calles de Belgrado leyendo los periódicos que insertan el decreto de movilización. (De fotografía de M. Rol.)



EN LA PLAYA, cuadro de E. Louyot
(Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Múnich.)



ANTES DEL BAILE, cuadro de Luis de Langenmantel

(Exposición Internacional de Bellas Artes. Berlín, 1914.)

LA GUERRA EUROPEA

Los esfuerzos de la diplomacia para evitar el conflicto europeo han sido inútiles y en estos momentos se hallan las grandes potencias europeas en pleno estado de guerra, y el mundo en vísperas de una de las hecatombes más horribles que habrán presenciado los pueblos antiguos y modernos.

La guerra austro-servia, con haber sido el botafue-

ber suyo el movilizar sus tropas para impedir que la primera de aquellas dos naciones aplastase a la segunda. Al mismo tiempo, el gobierno ruso decretó la movilización general.

Pocas horas después, en la noche del día 1.º de este mes, el embajador de Alemania en San Petersburgo entregaba al ministro de Negocios Extranjeros rusos la declaración de guerra, y el embajador alemán en París ponía esta declaración en conocimien-

fuerza. Y añadió que asimismo protegería Inglaterra con todas sus fuerzas la neutralidad de Bélgica.

Alemania preguntó a Bélgica, que había declarado solemnemente su neutralidad en el actual conflicto, si consentiría el paso de los ejércitos alemanes por su territorio; Bélgica contestó negándose en absoluto a tal concesión e invocando su condición de potencia neutral. Alemania le envió un ultimátum y habiendo Bélgica insistido en su negativa, invadió el



La guerra europea. - Manifestación patriótica recorriendo las calles de Berlín al tener noticia en aquella capital de la nota enviada por Alemania al gobierno ruso (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

gos que ha determinado la espantosa conflagración, ha quedado relegada a un lugar meramente secundario y hoy la atención universal no se fija apenas en los sucesos que se desarrollan en la península balcánica, y que por lo demás no revisten importancia alguna, y se dedica únicamente a seguir la marcha de los acontecimientos que tienen por escenario la Europa central, en donde se ha declarado la guerra entre Alemania y Austria, de una parte, y Rusia, Francia, Inglaterra y Bélgica de otra. Porque téngase en cuenta que Bélgica, a pesar de su neutralidad, se ha visto agredida por los ejércitos alemanes y ha tenido que repeler la agresión por medio de la fuerza, ya que de nada sirven en circunstancias como las actuales las prescripciones del derecho de gentes.

Veamos cómo ha ido desenvolviéndose el conflicto hasta alcanzar el grado de gravedad en que actualmente se encuentra.

A raíz de la declaración de guerra de Austria a Servia, Rusia hizo saber al gobierno de Viena que no consentiría ninguna acción que atentara contra la integridad y la independencia de la nación servia; y habiendo el gabinete austriaco contestado en términos que no satisficieron a Rusia, ésta decretó la movilización de varios cuerpos de ejército.

En vista de esto, Alemania envió a Rusia un cuestionario pidiendo contestación categórica sobre los tres puntos siguientes: 1.º cuál era el objetivo de la movilización; 2.º si esta movilización iba dirigida contra Austria; y 3.º si Rusia estaba dispuesta a dar orden de que cesase la movilización.

Rusia contestó a esta nota en términos corteses, pero enérgicos, diciendo que ante la ruptura de hostilidades entre Austria y Servia, había creído un de-

to del presidente del Consejo de ministros francés.

Aquel mismo día el ministerio de la Guerra de Francia decretaba la movilización general, y el Presidente de la República dirigía una proclama a la nación diciendo que en vista de la gravedad de las circunstancias por que atravesaba Europa, el gobierno se había visto obligado a tomar aquella medida, que no significaba la guerra, sino que, por el contrario, podía estimarse como el mejor medio de mantener honrosamente la paz. En dicha proclama se hacía un llamamiento a todos los franceses, sin distinción de partidos, expresando la confianza de Francia en el patriotismo de todos.

Digamos de paso que todos los soberanos de las naciones en donde se había decretado la movilización, publicaron manifiestos concebidos en análogos términos patrióticos y pretextando todos ellos haber sido provocados por los demás para adoptar tan graves determinaciones.

Dos días después, el embajador de Alemania en París pidió los pasaportes al ministro de Negocios Extranjeros y le entregó una nota anunciando que el gobierno alemán se le había encargado de declararse a Francia que se consideraba en estado de guerra; y el ministro de la Guerra francés anunciaba oficialmente que se habían roto las relaciones diplomáticas y quedaba declarada la guerra entre Francia y Alemania.

El día 3, el ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra, Mr. Grey, declaró en la Cámara de los Comunes que aun cuando no podía hacer promesa de intervención, fuera de la intervención diplomática, si la escuadra alemana entraba en la Mancha o en el Mar del Norte para atacar a los buques franceses, la flota británica daría a Francia todo el apoyo de su

territorio belga, del mismo modo que poco antes había invadido el del gran ducado de Luxemburgo.

A consecuencia de esto, Inglaterra, cumpliendo lo manifestado en la Cámara de los Comunes por mister Grey, y después de intimar a Alemania que le diese la seguridad de que respetaría la neutralidad de Bélgica sin haber obtenido respuesta satisfactoria, declaró la guerra al imperio alemán el día 4, y decretó la movilización completa del ejército y de la armada.

A todo esto Italia, requerida por sus aliadas para unirse a ellas, ha declarado que, no considerando la guerra actual como un *casus foederis*, es decir, de los comprendidos en el tratado de alianza, se mantendrá en la más completa neutralidad, manteniendo buenas relaciones con todas las potencias. Dice Italia que sólo viene obligada a ayudar a Alemania y a Austria en caso de verse alguna de éstas agredida, lo que no sucede en la ocasión presente en que Austria ha sido la agresora.

Cuando escribimos esta crónica no han comenzado todavía las operaciones en grande escala y sólo se tiene noticia de pequeños choques en las fronteras ruso-alemana y franco-alemana. Los austriacos, que habían ocupado Belgrado el 29 de julio, hubieron de evacuar tres días después aquella capital ante el fuego de los serbios atrincherados en las inmediaciones.

Con motivo de la actual guerra nos parece oportuno recordar el interesante trabajo que, con el título de *La guerra en 1892. Un pronóstico*, publicamos en los números 527 a 544 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en el que se predecían algunos de los acontecimientos que al presente vemos realizarse en forma más o menos parecida a la en que allí se relataban.

EL JURAMENTO DE NADIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)

Los viejos pilares de madera, bronceados y cubiertos de mohos por la humedad, reflejábanse en ella con el frágil edificio que sustentaban; hasta el

todo un ignorante, me bastarían tres años y quizás menos, para doctorarme si no con brillantez con lucimiento. ¿Quiere usted que haga la prueba?

— ¡Oh! ¡amigo mío!., ¡qué dichosos vamos a ser!.. ¡Todo el mundo nos bendecirá!
Korzof, sin acercarse, cogió la mano que le tendía



La procesión continuaba desfilando lentamente y sin ruido, sobre la superficie del río, que brillaba como estaño nuevo

sombrero de Nadia veíase también y temblaba en el agua, cuyo fondo parecía más obscuro, a causa de las hierbas que crecían en él, semejantes al terciopelo.

Algo más lejos estaba anclado el yate; la tripulación había bajado a desayunar a tierra, como lo atestiguaba el bote amarrado por una cadena a una estaca especial.

No turbaba aquella soledad más que los chillidos de los vencejos, que volaban al ras del río, persiguiendo a los alados insectos.

— He prometido a usted, dijo Korzof, contarle lo que he ido a hacer en San Petersburgo.

La princesa se le quedó mirando; después bajó los ojos y se dispuso a escucharle atentamente.

— Me he informado del trabajo que representa...

El joven se detuvo sonriendo, esperando que Nadia le hiciese alguna pregunta; pero ésta guardó silencio, limitándose a dirigirle una rápida y fugitiva mirada.

— ¿No es usted curiosa?, preguntó con un acento tierno y emocionado.

Ella movió la cabeza negativamente, pero este movimiento negativo decía bien claramente que «sí».

— ... del trabajo que representa, continuó él, obtener un título de médico.

— ¿Usted?, exclamó Nadia, mirándole frente a frente.

— Sí, yo. Estoy seguro de que con mis estudios anteriores, pues a pesar de ser un ocioso no soy del

Nadia miraba al agua obstinadamente, y su amplio sombrero tapábale el rostro casi por completo.

Korzof continuó inquieto, aunque disimulando, pero el tono de su voz le traicionaba.

— Ya sé que esto no es bastante; pero también he hecho otras cosas en San Petersburgo: me he informado del precio de los terrenos..., de las construcciones..., he hecho muchos cálculos..., y he aquí el resultado. En el barrio más pobre de San Petersburgo, en el Peski, que está siempre plagado de toda clase de epidemias mortales, el terreno no es caro, podría construirse allí un edificio a la moderna, sano y bien aireado, y no costaría más de un millón y medio de rublos... Es lo que valen mis posesiones de Korzoba, o tal vez más por el bosque de encinas... Edificaría un hospital que llevaría el nombre de usted y yo sería médico... bajo las órdenes de un director, hasta que yo fuese lo suficientemente apto para dirigirlo por mí mismo.

Su voz extinguióse poco a poco, al ver la impasibilidad de Nadia.

El sueño generoso del joven, pareció derrumbarse ante él con las ruinas de aquel hospital imaginario...

El embarcadero quedóse silencioso, únicamente se oían entre los viejos tilos los trinos bulliciosos de los pájaros...

Al fin, Nadia levantó lentamente la cabeza, y volviendo hacia Korzof sus grandes ojos llenos de lágrimas dijo:

la joven y quedáronse un rato así, inmóviles, sin mirarse, siguiendo en su espíritu el coronamiento de la obra común.

Al cabo de unos momentos, murmuró Nadia, en voz baja, mientras su mano libre dibujaba en el aire los contornos del vasto edificio:

— Será una hermosa obra. Con trabajos así es cómo uno se hace inmortal y se logra dejar un nombre. Claro que esto no es nada, pero el ejemplo queda que es el que engrandece.

— ¿Está usted contenta?, preguntó Korzof.

En aquel momento parecía que trataban de un asunto convenido entre los dos, desde mucho tiempo atrás, y que no hacían sino continuar su interrumpida conversación.

— ¡Eso era lo que yo quería!, exclamó Nadia con una celestial sonrisa. ¡Y usted lo ha adivinado! ¡Qué hermoso es esto!

— ¿Querrá usted esperarme tres años?, dijo Korzof con una sombra de tristeza.

— ¡Tres años! ¿Qué significa tan breve espacio de tiempo si se le compara con la vida y con la eternidad.

Ambos se callaron.

En medio de aquel silencio dichoso, nunca se habían sentido tan tranquilos ni el uno ni el otro. Parecía que aquella resolución que acababan de tomar arrojaba sus vidas en un molde, de donde salían con una forma definitiva e inmutable.

— Quisiera saber qué es lo que están haciendo ahí, exclamó el príncipe al verlos en el embarcadero. ¡Como no estén pescando con caña, no veo la razón!.

Los dos jóvenes se levantaron cruzando juntos el puentecillo.

Nadia, corriendo hacia su padre le presentó la frente para que se la besara y se colgó de su brazo con gesto mimoso.

Korzof, que se había acercado lentamente, cogió la mano de la joven y ambos arrodilláronse ante el príncipe, sobre la hierba de la ribera.

— ¿Al fin sois novios?, exclamó Roubine sorprendido, pero satisfecho al mismo tiempo.

— Dénos usted la bendición, dijo Korzof sin levantarse.

El príncipe, demasiado emocionado para hablar, hizo sobre ellos la señal de la cruz; después los levantó estrechándolos contra su pecho y teniéndolos abrazados de este modo durante unos momentos.

Cuando hubo recobrado un poco su serenidad, dijo:

— ¿Pero qué idea os ha dado de escoger la orilla del río para esta ceremonia? ¡Y a estas horas! ¡Está visto, Nadia, que nunca has de obrar como una persona de sentido común!

Nadia sonrióse y besó a su padre que, frotándose los ojos con el dorso de la mano y retorciendo las guías de su largo bigote, exclamó con voz más firme:

— Ya veo que en esto ha influido el sitio. En Peterhof rechazaste a Korzof y aquí le aceptas... ¿Por qué no me lo has dicho antes? Hubiéramos venido hace ya días.

Nadia seguía sonriendo y los tres emprendieron el camino de la casa.

— ¿Y el juramento que hiciste, Nadia? Vamos a escribir entre los dos un capítulo de filosofía íntima, titulado: *La imprudencia de los juramentos temerarios*. ¿No te parece, hija mía?

Nadia ya no sonreía; estrechó contra el suyo el brazo de su padre y dijo:

— Tú le profesas a Korzof un gran afecto, ¿verdad, papá?

— ¡Ya lo creo!

— ¿Y le querías aun cuando estuviese arruinado?

— ¿Arruinado? ¿Pero está usted arruinado, Korzof?

— Y aun cuando así fuese, papá, ¿le aceptarías por yerno voluntariamente?

— Sí. ¿Acaso tengo yo un alma tan ruin? Tú eres bastante rica para los dos, Nadia, y un hombre honrado que se arruina, no por eso deja de serlo.

Y después de decir estas palabras estrechó fuertemente la mano de Korzof quedándose ambos inmóviles y muy emocionados.

— Está arruinado ciertamente, papá, exclamó Nadia con altivez; lo he arruinado yo y estoy muy contenta por ello; mi alma rebosa de orgullo cuando pienso que por mí ha hecho el sacrificio, no sólo de su fortuna sino de su vida entera.

Roubine, aturdido, dejóse caer sobre uno de los bancos de madera que había a lo largo de la avenida.

— Explicadme esto, porque yo no comprendo una palabra.

La explicación no fué muy larga y así que hubo terminado, quedóse silencioso.

— Es absurdo, dijo el príncipe; de un ridículo espantoso. ¡No puedo representarme a Korzof de médico, embutido en una larga blusa! Tendrás que hacer sangrías y aplicar cataplasmas... permíteme que te tutee, yerno, pues ya no puedo resistir más la tentación. ¡Claro está que tendrás que tocar las cataplasmas para saber si tienen el debido grado de calor; para eso, ya lo sabes, hay que ponérselas contra la mejilla y si no quema es señal de que ya pueden aplicarse; tendrás que llevar también un termómetro en el bolsillo para tomar la temperatura de tus enfermos... ¡La verdad es que la cosa no puede ser más cómica! Y sin embargo, ¡voto al diablo!, estoy muy contento de que así sea. Es grande, ¿sabes?, es soberbio, es... ¡Pero qué ridículos vais a estar los dos, Dios mío!

Y lanzó una carcajada, al paso que verdaderas lágrimas de enternecimiento rodaban por sus mejillas. Enjuguélas y continuó aún con más ímpetu.

— ¡Dios mío! ¡qué cosa más cómica! ¡Hay que morirse de risa!

De pronto se interrumpió añadiendo:

— Pero no es cierto, yo no me río a carcajadas, sino que lloro de veras y no sé por qué había de avergonzarme de ello. ¡Que Dios os bendiga en vuestra nueva vida, hijos míos! La bendición de un padre atraerá sobre vuestras cabezas todas las gracias y mercedes del cielo.

Los novios quedáronse mudos, cabizbajos, comprendiendo que aquella era para ellos una hora solemne.

Roubine levantóse y se dirigió hacia la casa. Después dijo volviéndose hacia ellos con los ojos todavía húmedos por las lágrimas y los labios agitados por la loca risa que le sacudía de cuando en cuando:

— Al encargarte tu canastilla de boda, no te olvides, Nadia, de los delantales de enfermera. ¡Oh! ¡Nadia! ¡Cuando la emperatriz lo sepa no van a reírse poco en la corte!

— No lo creo, papá, dijo la joven sonriendo.

— No, ni yo tampoco. Pero si no me riera, me echaría a llorar como un imbécil. Y el yate, querido yerno, ¿qué vas a hacer con él?

— Venderlo, replicó Korzof alegremente.

— ¿Es muy caro?

— Poco más de cien mil francos.

— Muy bien; yo te lo compro. Es un regalo que te hago, Nadia. Así con ese dinero podréis sostener algunas camas más en vuestro hospital. ¡Eso no es nada, Dios mío!, ¡pero no deja de ser cómico el tener un yerno médico! Supongo que no dejarás que me ataque la gota, ¿no es verdad?

— Haré todo lo que pueda, respondió el joven sonriendo.

El viejo cocinero se excedió a sí mismo; pero nadie pudo acordarse de lo que comió aquel día.

Ninguno de ellos tenía prisa para volver a Peterhof; tenían mil proyectos por realizar, mil cosas que decirse; Roubine oponía objeciones a todo, pero en seguida se dejaba convencer con juiciosos razonamientos.

Los dos jóvenes, llenos de ardor, no retrocedían ante ninguna dificultad. Korzof había ordenado ya que pusieran en venta sus posesiones, dejando en manos de agentes de negocios la compra de los terrenos; y antes de volver a reanudar la vida oficial y mundana de Peterhof les eran muy convenientes a aquella familia algunos días de descanso que se prolongaban insensiblemente. Habían transcurrido tres semanas desde su llegada a Peterhof, y el mes de agosto había empezado ya.

— ¿Cuándo nos vamos, preguntó una tarde Roubine, que veía terminarse por momentos su provisión de cigarrillos.

— Mañana mismo, si quieres, dijo su hija. El yate está listo, ¿verdad Dmitri?

— Mañana a las cinco de la mañana ya podremos partir.

— ¿A las cinco?, exclamó el príncipe. ¿Pero es que hay alguien que se levante por gusto a las cinco de la mañana? Lo mismo da a las ocho, ¿no te parece, Korzof?

— Como usted quiera.

Después de la comida el joven quiso inspeccionar el yate, y aprovechando un momento en que Nadia y su padre estaban distraídos oyendo las explicaciones confusas del estarosta, descendió con paso rápido la alameda en declive, que llevaba a la orilla.

Después de dar las órdenes necesarias para el día siguiente, disponíase a volver, cuando de pronto llamó su atención una masa oscura que descendía lentamente el curso del río.

Eran dos barcas enormes, fuertemente amarradas una a otra, y cargadas de heno hasta la altura de un primer piso. Un techo de tablas, dispuesto en forma de albardillas, completaba su parecido con una casa. Los bateleros, para hacer la maniobra, giraban alrededor de aquella masa espesa, corriendo por el borde, que no tenía más que la anchura de un pie. Son tan hábiles que realizan perfectamente todos los movimientos necesarios en un sitio tan estrecho; a veces alguno más torpe cae al agua, pero los bateleros rusos nadan como los peces; y como que el borde de la barca roza casi el nivel del agua, el chapuzado vuelve a pesar suyo a subir otra vez a bordo, en medio de las cuchufletas de sus camaradas.

Las barcas acopladas avanzaban impulsadas por la corriente que las hacía dar vueltas sin querer. Después de aquéllas aparecieron otras por el recodo del Neva, y la sombría flotilla, espaciada a intervalos irregulares, fué invadiendo poco a poco la superficie brillante del agua.

El sol acababa de ponerse; moría la tarde, revisitando todo un aspecto gris, casi triste; y aquellas masas gigantescas desfilaban con lentitud, como empujadas por un misterioso impulso.

Korzof se detuvo para verlas, llegando al mismo tiempo hasta sus oídos los pasos y la voz del príncipe y de Nadia que iban a reunirse con él.

— ¿Qué es eso? Parecen fantasmas, exclamó Roubine, parándose sofocado en el desembarcadero.

— Es heno de los prados del Ladoga, que lo llevan al mercado de San Petersburgo, respondió el joven.

— ¿En esas barcas? ¿sin luces reglamentarias?

— Las barcas cargadas de heno no llevan faroles

por el peligro de un incendio. Por la noche se paran y sin duda ésta van a pasarla cerca del pueblecillo que está un poco más abajo de Spask.

La procesión continuaba desfilando lentamente y sin ruido sobre la superficie del río que brillaba como estaño nuevo.

— ¡Qué aire más lúgubre tienen!, dijo Roubine. ¡Eh! ¡muchachos!, gritó, ¡cantadnos algo!

A lo lejos respondieron con una especie de grito de llamada, resonando a poco una voz de tenor, vibrante y juvenil, que entonó una melodía lánguida y monótona, en tono menor, de inflexiones dulces y melancólicas, interrumpida de tiempo en tiempo por largos calderones apoyados sobre una nota muy alta. Servíale de estribillo un coro a cuatro voces, breve y rítmico; después el canto empezaba otra vez.

Durante este tiempo, la barca habíase alejado, desapareciendo en la curva del río; los campesinos que ocupaban las demás barcas repitieron la canción, variándola según el capricho de su memoria o de su fantasía, y el coro repetía siempre el estribillo, como para recordar al cantante que no estaba sólo ni perdido en una barca solitaria, en medio del argentado río.

Poco a poco aquellas sombras flotantes reuniéronse en una oscura masa, haciéndose las tinieblas cada vez más densas a lo largo del ribazo, cesaron los cantos, y ya no pasaron más barcas. En la orilla opuesta aparecieron algunas luces.

— ¡Buenas noches!, exclamó el príncipe. Van a dormir a la intemperie mientras nosotros lo haremos en nuestras camas. Esa es la filosofía de la humanidad, Korzof. ¿Te parece, Nadia, que pasemos nosotros también la noche a la intemperie, por espíritu de igualdad?

— No, papá, respondió ella dulcemente, lo que yo quiero es que cada uno tuviese un lecho parecido al nuestro.

— ¡Tú siempre te escapabas por la tangente!, dijo el príncipe riéndose. Yo creo, Nadia, que las sábanas constituirían una molestia para esa gente; no están acostumbrados.

— Papá, no me contraríes, dijo ella con dulzura.

Roubine abrazó tiernamente a su hija, y después entraron en la vieja y detestable casa, en donde la suntuosa plata y la espléndida iluminación contrastaban de un modo tan extraño con las tapicerías apolladas y los muebles pasados de moda.

La partida habíase fijado para las ocho de la mañana, pero, ¿quién no se retrasa cuando es dueño de su tiempo?

Nadia sentía mucho dejar aquella antigua casa en donde acababa de pasar las horas más dichosas de su vida; y recorría todos los rincones con melancólica sonrisa, como si quisiese dejar en todos ellos el recuerdo de su presencia.

Roubine tenía que ultimar muchas cosas con el estarosta y los campesinos; y ya eran las diez cuando acordóse de pronto de que se había olvidado de ordenar que pintaran la casa exteriormente, cosa que él quería que se hiciese en seguida.

— ¡Bah!, dijo, nos iremos después de almorzar, aunque lleguemos un poco más tarde, nada importa, y además, así la corriente nos será más favorable.

En efecto, eran ya más de las tres de la tarde, cuando el yate abandonó el desembarcadero. Formóse un remolino en el agua, producido por el movimiento de la hélice, y la orilla fué quedándose más lejos cada vez.

Nadia arrojó una mirada de despedida a los hermosos tilos y a las vigas carcomidas...

— Eso es lo pasado, dijo dulcemente Korzof acercándose a ella; ¡allí está lo porvenir!

Y señalaba hacia el ocaso en donde se hallaba San Petersburgo, todavía invisible.

Ella sonrióse con aquella gracia que la hacía tan irresistible.

— Lo presente está aquí, dijo, en él se encierran todas las alegrías.

Roubine, bajo el toldo de lona, fumaba con aire indolente y satisfecho.

— ¡Eh! ¡Nadia!, dijo sin moverse, ¿qué harás cuando ya no seas rica? ¿Qué dirías si yo te desheredara para fundar también un hospital?

— ¡Ojalá, papá!, respondió Nadia suspirando ligeramente.

El príncipe miróla de reojo y vió que había sido sincera en sus palabras.

— Pues bien, ¡no!, dijo el príncipe volviendo a coger su larga pipa. No pienso tener ese hermoso arranque; no pienso fundar nada, sino guardar mi dinero, pues ha de llegar un día probablemente en que ciertas personillas con que vosotros no contáis se felicitarán de encontrarle en el momento oportuno.

Y volvió a sumirse en su semisonnolencia, mien-

tras que Nadia, hablando en voz baja con su novio, absorbióse bien pronto en innumerables sueños, todos ellos relacionados con su proyectada fundación.

Las barcas de heno habían desaparecido, seguramente que a aquella hora llegaban al puerto de San Petersburgo.

El día transcurrió con rapidez. Un ligero accidente, ocurrido a la hélice en el momento de la partida, retrasó un poco el viaje; pero esto importaba muy poco; como había dicho el príncipe, la corriente les era favorable; sin embargo, cuando se sentaron a la mesa para comer, apenas si se divisaban en la orilla izquierda las fábricas que rodean a San Petersburgo.

— Lo más prudente, dijo en tono confidencial el mecánico a Korzof que se inquietaba por aquella lentitud, lo más prudente sería que nos detuviéramos un poco. Dentro de media hora habremos podido reemplazar la pieza defectuosa y podremos forzar la máquina; sin este requisito no podríamos llegar a Peterhof hasta muy avanzada la noche.

El pequeño navío se detuvo para poner en práctica este prudente consejo, siendo reparada la avería, mientras comían los tres amigos, y a las ocho volvieron a emprender la marcha, esta vez a toda máquina.

Iba cayendo la noche cuando atravesaron San Petersburgo; habían encendido algunas luces y navegaban con precaución para evitar algún choque con los numerosos vaporcillos, cuya tripulación no siempre está sobre cubierta a la hora del crepúsculo.

De pronto, Nadia, que miraba hacia popa, exclamó:

— ¡Mirad! ¿qué es eso?

Una enorme columna de humo se elevaba en dirección del convento de Smolna, por delante del cual acababan ellos de pasar; y casi al mismo tiempo el cielo iluminóse de un fulgor intenso, que apagóse de pronto, para volver a resplandecer con brillo más siniestro.

— ¡Un incendio!., exclamó el príncipe. Vamos a verlo.

En todos los países del mundo un incendio siempre provoca la curiosidad; pero en ninguna parte tanto como en Rusia, en donde tal vez porque son muy frecuentes, debido a la abundancia de construcciones de madera, el caso es que al grito de «Pachar» (incendio) todo el mundo deja su ocupación y corre al lugar del siniestro. La curiosidad es la misma, tanto en las clases más elevadas de la sociedad como en las más bajas; y entre la multitud que se agolpa ante los edificios incendiados, lo mismo se encuentran grandes señores y elegantes damas que rudos campesinos. Hay quien, para disfrutar de este hermoso espectáculo, hace enganchar su coche o su trineo.

— ¡Vamos!, exclamó Korzof dando orden al maquinista de retroceder.

El resplandor iba cada vez más en aumento, pero los viajeros no podían ver de dónde procedía el fuego, por ocultarlo un promontorio que avanzando en el río formaba en aquel sitio un ángulo casi agudo. Los vaporcillos, los botes y una canoa de vapor del Estado, que tenía siempre las calderas encendidas para acudir en el acto al auxilio de cualquier accidente imprevisto, dirigieron apresuradamente hacia el lugar incendiado, oyéndose en los muelles y en las calles el estrépito de las bombas, al ser arrastradas sobre el pavimento por los poderosos tiros de los corpulentos caballos y el continuo rodar de innumerables vehículos que corrían al galope hacia aquel punto aun desconocido. Un inmenso haz de chispas elevándose al cielo semejantes a fuegos de artificio, indicaba que el sitio del siniestro estaba muy próximo.

— ¿Qué es lo que puede arder de ese modo?, dijo Nadia con el corazón oprimido.

— Debe de ser el mercado de heno, dijo Korzof.

— Si no es más que una pérdida de dinero... , empezó a decir Roubine, que se calló de pronto, mudo de sorpresa.

Dos barcas juntas aparecieron en el recodo del río, completamente incendiadas, que como un brulote gigantesco, avanzaban majestuosas, cubiertas de llamas en medio del ambiente apacible. Después siguieron otras, que acudían también de arriba abajo. Como el fuego había roto sus amarras, descendían lentamente por el río, sin rumbo, iluminando con una luz esplendorosa y lúgubre las casas y los monumentos. Era algo apacible y horroroso a la vez.

Un grito de espanto repercutió en el río y en las orillas:

— ¡Los puentes!

El primer puente que obstruía el camino a aquellos extraños brulotes era el gran puente Liteine, que después fué reemplazado por uno de piedra pero que, destinado a recibir el primer choque de los témpanos

de hielo que descendían del lago Ladoga, en la época del deshielo, no estaba entonces formado más que por una hilera de pontones, unidos entre sí por un sólido tablón de madera. Este sistema permitía replegar el puente a lo largo de la orilla, para dejar el paso libre a los enormes témpanos de hielo.

Tres puentes de esta clase atravesaban el Neva, y otros cuantos, de dimensiones más cortas, facilitaban el tránsito en los numerosos brazos que forma el río en su embocadura, uniendo estas islas entre sí en un espacio de muchos kilómetros. Si el primer puente se incendiaba al contacto de las barcas incandescentes, al descender por el río, los trozos inflamados llevarían el incendio a ambas orillas, en donde se aglomeraban innumerables embarcaciones de distinto tonclaje, lo que suponía una ruina espantosa.

La canoa del Estado, dirigida por un hábil marino, logró asir la cadena remolcadora del primer puente; los cables de las anclas, cortados con las hachas de abordaje, bajaron al fondo, y lentamente, con una precisión matemática y como si no ocurriese nada de particular, el puente, replegándose a lo largo de la orilla, dejó el camino libre al primer brulote, que pasó tranquilamente, como si hubiera estado esperando aquel homenaje.

— ¡Vaya un piloto bravo y entendido!, exclamó Roubine, admirado del buen éxito de la maniobra. ¡Al otro puente, muchachos!, ¡no hay que perder tiempo!

El yate enfiló a todo vapor hacia el puente Troitzky, en donde dos hombres que habían cortado ya los cables esperaban un remolcador.

Korzof mandó que les echaran el extremo de una cadena y el gigantesco puente, que tenía más de un kilómetro de largo, fué también a colocarse al lado de la orilla.

Un vaporcito, requerido por las circunstancias, hizo la misma operación con el puente de Palacio y el Neva quedó libre. Todas las barcas y buques que no hacían falta a la policía fluvial habían desaparecido para refugiarse en los rincones más apartados e inaccesibles.

Ya era tiempo. La flotilla, incendiada por completo, descendía por el río con la majestad del poder que se siente invencible. Era un extraño espectáculo el ver sobre la tranquila superficie del agua a aquella inmensa hoguera, que lanzaba torbellinos de chispas y de humo, y que en medio del aire tan tranquilo, y bajo el cielo azul semejaba una aparición fantástica. La multitud, agrupada en los muelles, aparecía ante los ojos de los espectadores de la orilla como si estuviese iluminada por los rayos del sol; todos aquellos rostros en que se juntaba la misma expresión de interés, de admiración y de horror resaltaban con sorprendente claridad sobre el fondo ardiente y luminoso.

Nadia, apoyada en la borda del yate, no podía apartar sus ojos de aquel espectáculo.

Roubine y Korzof no cesaban de dar órdenes para mantenerse en medio del río, esquivando la aproximación de las barcas incendiadas.

De pronto escuchóse una voz que gritaba:

— ¡Los arpones!

En efecto, dos barcas dirigíanse hacia un pequeño brazo del Neva, en donde habíanse refugiado muchas embarcaciones y en donde los puentes no habían podido ser retirados.

Los vaporcillos, tripulados por valientes marineros, salieron al encuentro de aquellos monstruos de fuego para oponerles un obstáculo y volver a hacerles tomar la corriente central, en donde acabarían por estrellarse contra el puente Nicolás que era de piedra y por lo tanto invulnerable.

Fué una lucha espantosa. Los arpones no eran bastante largos, así es que cogieron grandes palos que tenían que hundir en el agua a cada momento para impedir que se quemaran. Los hombres que luchaban de este modo tenían que ser mojados constantemente por sus compañeros, pues de no ser así, les hubiera sido imposible soportar aquel terrible duelo a muerte con el fuego.

— Es imposible ver esto y quedarse con los brazos cruzados, dijo Korzof a sus huéspedes; permítanme ustedes que los deje en tierra.

Roubine fué a protestar, pero Nadia púsole dulcemente la mano en el hombro y se calló.

Un instante después Nadia y su padre estaban en la orilla, al lado de la fortaleza; y Korzof, después de proveerse de un buen número de palos, volvió al lugar del peligro.

Su yate, más hábil y ligero que los vaporcillos, prestábase admirablemente a este género de combate. Unas veces, con sólo forzar un poco la marcha, arrastraba en su estela a un brulote que se disponía a emprender la peligrosa ruta; otras, colocábase va-

lientemente al través y, poniendo la potencia de su máquina al servicio del arpon empleado como espalón, hundíalo en aquella mole enorme y la empujaba hacia la corriente.

Más de cuarenta barcas habían pasado de la misma manera, muchas de ellas habían zozobrado, otras estaban embarrancadas en rincones desiertos, en donde ya no podían causar daño, y dos o tres flotaban medio sumergidas en medio del río.

De pronto, llegó una, mucho más grande que las anteriores, ardiendo de arriba abajo, y que arrojaba torrentes de chispas como un sol de fuegos artificiales. Con la rapidez y seguridad en el ataque de un ser inteligente, dirigióse al puente en donde se hallaba el peligro.

— ¡Atención, muchachos!, gritó Korzof a su gente, ¡cuidado con hacer una falsa maniobra!

Pero los marineros se retrasaron, el maquinista hizo una falsa maniobra, les salió mal el golpe y dos arpones cayeron al río. Un tercero hundióse en el heno incendiado y quedando colgado de él; pero aquel impulso había sido suficiente para rechazar a la barca, y ésta volvió a tomar la corriente del río.

— ¡A la derecha!, gritó entonces Korzof.

Pero el maquinista, que ya había perdido la serenidad, ejecutó mal la orden recibida, y el yate aproximóse al brulote. En la orilla resonó un grito de espanto.

— ¡Un arpon!, exclamó Korzof, ¡un palo!, ¡cualquier cosa!

No había nada de esto sobre el puente y por otra parte ya las llamas lamían los aparejos del navío. De pronto, acordóse Korzof que había pólvora a bordo.

— ¡A la canoa!, gritó.

Sus hombres obedecieron en seguida, bajando él el último y dejando caer la cadena; después la ligera embarcación se alejó a fuerza de remos. En el río, los vaporcillos que se habían acercado para prestar sus auxilios retrocedieron, comprendiendo el peligro y se quedaron a la expectativa.

En el momento en que la canoa atracaba a los pies de Nadia, que inclinada hacia adelante, buscaba con los ojos afanosamente a su prometido, la barca y el yate, siempre juntos, pasaron ante ellos.

Lanzando el estampido de un cañonazo, la proa del ligero navío saltó en el aire, en tanto que la popa hundíase en el agua con la misma gracia con que se sumerge un cisne.

— ¡Tu hermoso yate!, exclamó Roubine apenado.

Korzof tenía a Nadia del brazo, con el rostro inflamado y la barba y el cabello a medio chamuscar. Dmitri pareció a Nadia más hermoso que un semidiós.

— ¿Qué le vamos a hacer?, exclamó riéndose. Es preciso pagar la felicidad. Polícrates arrojó su sortija al mar, nosotros hemos arrojado nuestro navío, y así estamos seguros de que seremos dichosos.

Al día siguiente el emperador hizo que le presentaran a Korzof, a quien ya conocía de tiempo atrás.

— ¡Pídeme lo que quieras, para resarcirte de tu yate!, dijo después de felicitarle.

— Un terreno para construir mi hospital, respondió el joven. Esto me permitirá sostener cincuenta camas más.

Ocho días después colocóse solemnemente la primera piedra del hospital, en un inmenso terreno, plantado en parte de árboles, que era donativo imperial, siendo al mismo tiempo anunciados oficialmente los esponsales de la princesa Roubine y Dmitri Korzof.

V

Los primeros murmullos que produjeron los esponsales de la princesa fueron calmándose poco a poco; todos estaban de acuerdo al ponderar aquel sacrificio tan grande, como también en considerarlo como una cosa absurda. ¿Acaso en San Petersburgo no abundaban los hospitales? ¿Pues, y los médicos? No había más que fijarse en la multitud de estudiantes que acudían a las clases de la Facultad de Medicina, para poder asegurar que los enfermos no morirían por falta de médicos.

Después de poner por las nubes el generoso desprendimiento de los novios, no tardaron en ridiculizarlos, cosa fácil de prever en cualquiera persona conocedora de las flaquezas humanas.

Los novios, sumamente ocupados en los preparativos de la marcha y las muchas preocupaciones que les ocasionaban la venta de las posesiones de Korzof, no hacían ningún caso de estas habladurías.

Dmitri sólo se reservó una pequeña posesión que le producía una mediana renta, para no perder la costumbre de ser propietario, según decía él festivamente.

(Se continuará.)



Barcelona. — Escena final de *Don Gil de las calzas verdes*, comedia lírica en tres actos y cuatro cuadros de Tirso de Molina, refundición de D. Tomás Luceño y música del maestro Tomás Bretón, estrenada con gran éxito en el teatro del Tívoli. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

BARCELONA. — ESTRENO DE
«DON GIL DE LAS CALZAS VERDES»

Con excelente éxito se ha estrenado en el teatro del Tívoli la comedia lírica de este título. Tomás Luceño, que tan bien ganada tiene la fama de refundidor habilísimo de las obras de nuestros clásicos, ha hecho un arreglo notable de la preciosa comedia de Tirso de Molina, y el maestro Bretón ha compuesto una de sus más hermosas partituras, amoldándose admirablemente al carácter regocijado, sencillo y sentido del libreto.

Entre las principales piezas merecen citarse especialmente el monólogo de tiple, el dúo de sopranos, la gavota y el cuarteto del primer acto; la escena concertante final del segundo; y los dos dúos, el nocturno y el final del tercer acto.

En la ejecución se distinguieron las señoritas Klaskar y Pangratzi, y los señores Jordá, Molina y Giral.

El reputado escenógrafo Sr. Vilumara ha pintado cuatro hermosas decoraciones, entre las que sobresalen el jardín del acto primero y la sala del primer cuadro del tercer acto.

El público tributó el día del estreno entusiastas ovaciones al maestro Bretón.

JUAN JAURÉS

El día 31 de julio último, en los momentos mismos en que se desencadenaba la terrible conflagración de la guerra europea, fué asesinado en París el eminente hombre público, jefe de los socialistas franceses, Juan Jaurés.

Había nacido en Castres (Tarn) el 3 de septiembre de 1859, y después de haber estudiado en París, en el liceo Luis el Grande, entró en 1878 en la Escuela Normal Superior, de



El eminente político y publicista Juan Jaurés, jefe del partido socialista francés, asesinado en París el día 31 de julio último. (De fotografía.)

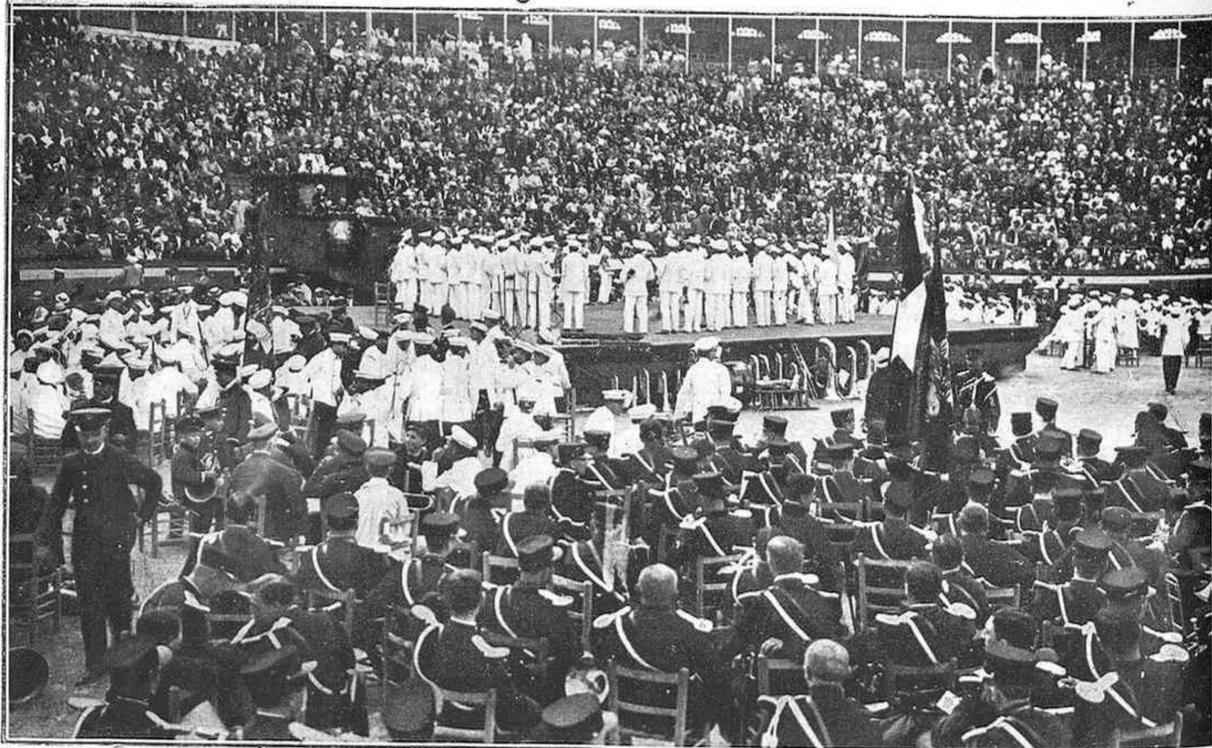
donde salió en 1881 con el título de catedrático auxiliar, y fué sucesivamente profesor de Filosofía en el Liceo de Albi y en la facultad de Letras de Tolosa.

En 1885 fué elegido por vez primera diputado, conquistándose desde luego merecida fama de gran orador y demostrando no sólo en la Cámara, sino también en congresos y mítines, cualidades excepcionales de tribuno popular que puso al servicio del partido socialista.

En 1896 realizó en la *Petite République Socialiste* una valiente campaña en pro de la revisión del proceso Dreyfus.



Monza. — Grandiosa manifestación patriótica ante la capilla expiatoria erigida a la memoria de Humberto I de Italia. (De fotografía de Zuecca.)



Valencia. — Certamen musical celebrado en la plaza de toros con motivo de las ferias. (Fot. de V. Barberá Masip.)

En 1892 fué elegido vicepresidente de la Cámara y en 1904 fundó *L'Humanité*, órgano de los socialistas unificados, que no ha cesado de dirigir hasta su muerte.

Deja escritas varias obras, entre las que merecen especial mención *El socialismo y la enseñanza*, *El socialismo y los pueblos*, *Idealismo y materialismo* y una *Historia socialista*.

MANIFESTACIÓN PATRIÓTICA EN MONZA

Hace pocos días se ha efectuado una grandiosa manifestación patriótica ante la capilla expiatoria que la piedad filial del actual monarca italiano, Víctor Manuel III, hizo erigir a la memoria de su padre, el rey Humberto I, en Monza, en el mismo sitio en donde éste fué villanamente asesinado en 1900.

La manifestación se realizó el día 29 de julio último, aniversario del asesinato, y a ella concurrieron representantes de 4.000 municipios italianos y 3.000 asociaciones con sus banderas, que desfilaron por delante del monumento.



La aviadora Gayat de Castilla, que ha muerto a consecuencia de una caída mortal en el mitin de aviación de Stoekel (Bélgica) efectuando un descenso en paracaídas. (De fotografía de M. Rol.)

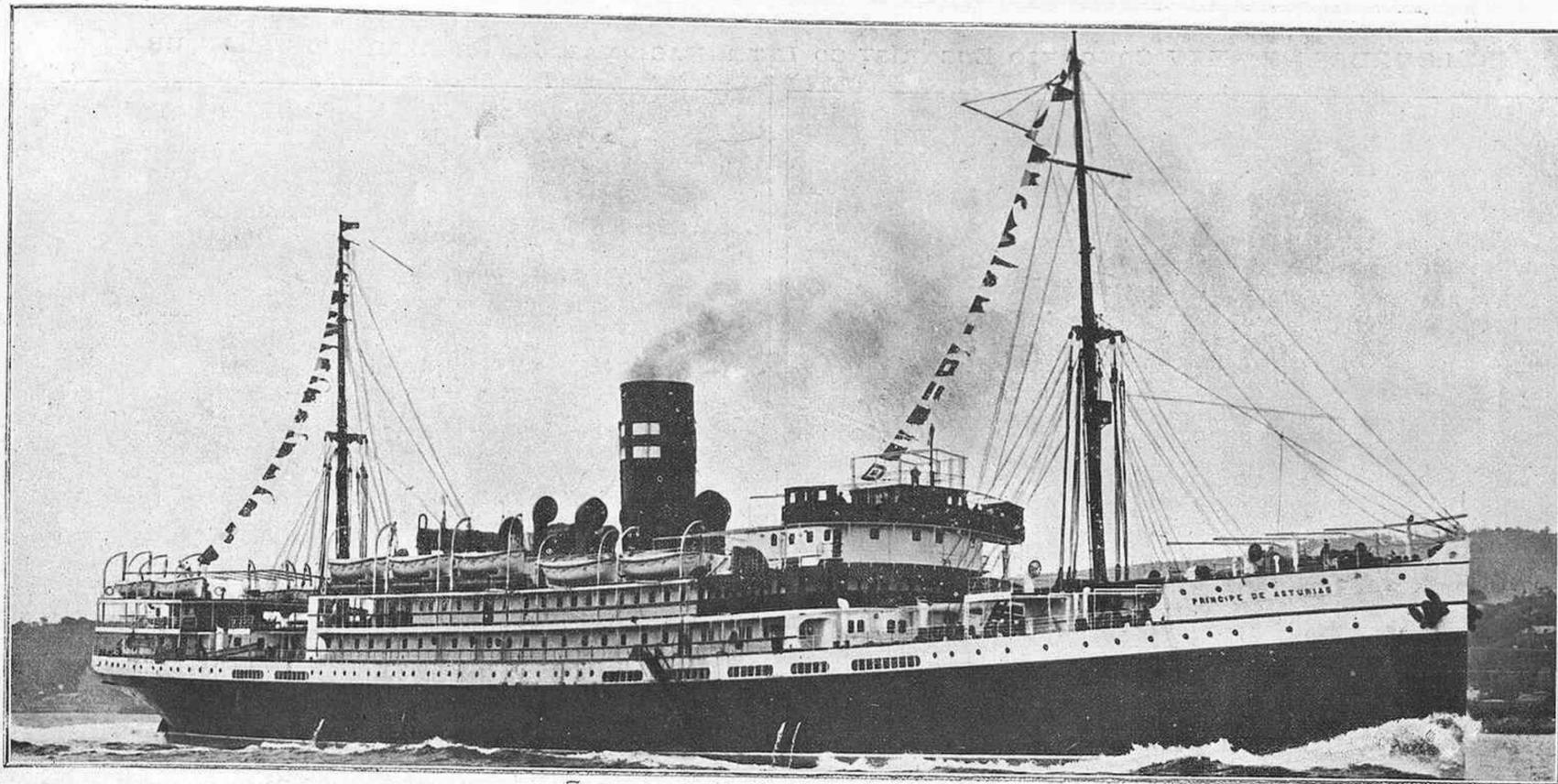
LA AVIADORA GAYAT DE CASTELLA

En el mitin de aviación recientemente celebrado en Stoekel, cerca de Bruselas, ha muerto víctima de una caída mortal la aviadora Gayat de Castilla, que desde hace algún tiempo efectuaba ensayos de un paracaídas inventado por su esposo.

Había realizado anteriormente algunas pruebas con éxito satisfactorio, y confiando en la bondad de su aparato, elevóse al aire atada al aeroplano de Champel; al llegar a la altura de 400 metros, se soltó, pero el paracaídas permaneció cerrado y la infeliz fué a estrellarse contra el suelo.

VALENCIA. — CONCURSO DE BANDAS

Entre los varios festejos celebrados en Valencia con motivo de la tan renombrada feria de julio, ha figurado un certamen de bandas que se efectuó en la plaza de toros y al que concurrieron muchas bandas regionales y la *Elite* de Ginebra. Esta última no pudo terminar el concurso por haber sido llamada precipitadamente por el gobierno suizo, como consecuencia de la movilización decretada en aquella República. Fueron premiadas en la primera sección las de Torrente, Lira, Sagunto y Manises con 3.000, 2.000, 1.000 y 500 pesetas respectivamente; y en la segunda, las de Antella, Pueblo Nuevo del Mar y Paterna con 2.000, 1.000 y 500.



El nuevo transatlántico «Príncipe de Asturias», de la Compañía Pinillos Izquierdo y C.^a (De fotografía de A. Merletti.)

Este nuevo buque de la casa Pinillos Izquierdo y C.^a, de Cádiz, destinado al servicio de la línea del Mediterráneo al Plata, ha sido construido en los astilleros de Russell y C.^a, de Greenock, bajo la inmediata inspección del Lloyd inglés y con sujeción a las reglas del Board of Trade, habiéndose, además, tenido en cuenta las condiciones que exigen las leyes de emigración.

El *Príncipe de Asturias* desplaza 15.000 toneladas, mide 477 pies ingleses de eslora, 58 de manga y 39 de puntal hasta la cubierta de abrigo. Su casco es de acero Siemens Martin, con doble fondo celular para lastre de agua y nueve compartimientos estancos. Los departamentos de máquinas y calderas se hallan provistos de compuertas a prueba de agua que pueden ser cerradas en un momento dado por el oficial de guardia para el completo aislamiento de los mismos.

Es de proa recta y su popa de forma elíptica; está aparejado de goleta de dos palos y tiene quilla plana y dos quillas de pantoque para moderar los balances.

La cubierta principal contiene los camarotes de primera clase, que comunican con un vestíbulo que da al salón comedor; contiene, además, a popa, el comedor y los camarotes de segunda, fumadero y bar.

Sobre esta cubierta hay la llamada de paseo, que comprende toda la parte central del buque, y en ella se hallan situados los camarotes de lujo, los de preferencia, el bar, y los salones comedor, fumador, de lectura y de música.

Encima de estas cubiertas hay otras dos: una que contiene la cámara del capitán, las de los oficiales, el departamento de telegrafía Marconi y las embarcaciones de servicio y salvamento; y otra, más pequeña, con el cuarto de derrota y el de planos y timonel.

Los departamentos de lujo son suntuosos; los de primera de preferencia llenan todas las exigencias del confort, lo mismo que los de primera de primera; y los de primera de segunda tienen todas las comodidades necesarias. En todos ellos hay servicio completo de agua corriente, fría y caliente, para uso de lavabos, baños y *water-closets*, que se hallan instalados con verdadera profusión.

Entre las cámaras de lujo y de preferencia y de primera clase pueden alojarse 155 pasajeros; en la de segunda, 120 y otros tantos en las de segunda económica.

Los pasajeros de tercera clase, hasta el número de 1.500, se alojan en los entrepuentes superiores de proa a popa, en camas portátiles, de a dos en alto. Estos locales reúnen inmejorables condiciones de higiene, ventilación y amplitud, hallándose dotados de lavatorios, baños, lavamanos y fuentes de bebida para mayor comodidad del pasaje.

La dotación se compone de 160 tripulantes.

El *Príncipe de Asturias* va movido por dos máquinas de cuádruple expansión que desarrollan una marcha superior a 18 millas en prueba; se halla provisto de potentes bombas de alimentación y de achique, evaporadores, condensadores para producir agua potable en grandes cantidades, y demás máquinas y aparatos auxiliares; posee cámara frigorífica de una capacidad de 4.000 pies cúbicos y maquinaria especial para la producción de hielo; y tiene montada una instalación de señales submarinas (ondas fónicas) para la mejor seguridad en la navegación, sobre todo en tiempo de nieblas.

La instalación de telegrafía Marconi tiene un alcance de 1.500 a 2.000 kilómetros, hallándose provista de un aparato movido por motor a bencina instalado en la cubierta más alta y que funciona independientemente, condición indispensable que permite la seguridad de poder comunicarse en casos de siniestros, aun cuando no funcionen las dinamos del cuarto de máquinas.

El material de salvamento es abundante, teniendo instalados catorce grandes botes salvavidas y contando, además, con chalecos salvavidas en número suficiente en todos los departamentos.

Para el servicio sanitario posee un desinfectador a vapor, tipo Geneste-Herscher, cuatro cuartos hospitales, sala de operaciones con todo el material quirúrgico necesario y cuarto botiquín.

Las bodegas destinadas al transporte de mercancías tienen una capacidad de 4.000 metros cúbicos, contando con cuatro grandes escotillas servidas por ocho maquinillas tipo *Cyclops* para la carga y descarga.

Las carboneras son capaces para 2.500 toneladas de carbón y están servidas por seis elevadores eléctricos.

La mujer, para ser perfecta,
ha de tener 3 cosas pequeñas:
orejas - boca - mano.



y solo
2 grandes: ojos
cabello

Lo último es
fácil de
conseguir usando
el
**PETRÓLEO
GAL.**



Ehrmann.

LOURDES. - EL XXV CONGRESO EUCHARÍSTICO INTERNACIONAL. LA PROCESIÓN DE CLAUSURA



1. Los ferroviarios con sus banderas. - 2. La bandera de Lourdes y el Legado pontificio bajo palio llevando el Santísimo Sacramento. - 3. El Legado pontificio bendiciendo a un niño. - 4. Grupo de diputados católicos. - 5. Los caballeros del Santo Sepulcro. (De fotografías de Rol.)

Completando la descripción que hicimos en el último número del XXV Congreso Internacional Eucarístico de Lourdes, diremos algo de los dos actos que se celebraron el domingo 26 y que pusieron término a la serie de ceremonias religiosas que con motivo de dicho congreso se han efectuado: la misa de pontifical que dijo el Legado pontificio, cardenal Granito Pignatelli di Belmonte, y la solemne procesión de clausura.

La misa pontifical celebróse en el atrio de la Basílica del Rosario, en donde se levantó el altar. En el lado del Evangelio estaba el trono del Legado; en el de la Epístola, el estrado para los cardenales; a los dos lados del atrio, los bancos para los arzobispos y obispos; y más abajo los sitios destinados a los caballeros del Santo Sepulcro y de Malta, a los camareros de capa y espada, a los caballeros de otras órdenes pontificias y a muchas señoras dignatarias de las mismas órdenes. En otros lugares también preferentes hallábanse el alcalde de Lourdes, el representante oficial de Colombia, numerosos diputados y concejales de París y otras distinguidas personalidades.

En las rampas y en las terrazas de la basílica y en la inmensa plaza que delante de ésta se extiende agolpábase una multitud que no bajaba de 50.000 personas.

La procesión que se celebró por la tarde revistió una grandiosidad y una solemnidad superiores a toda ponderación. Abrían la marcha secciones a pie y a caballo de los guías del Pirineo con sus pintorescos uniformes; seguían varias bandas de trompetas y tambores, la charanga *Lyre*

montagnarde y el orfeón *Cantadours de Labeyrie*, las sociedades con sus banderas, las corporaciones, las delegaciones de los ferroviarios católicos con cuatrocientos estandartes, las juventudes católicas francesas con trescientas banderas; otras muchas asociaciones, entidades y corporaciones; el clero parroquial de Lourdes, cinco mil sacerdotes, el cabildo catedral de Tarbes, prebendados, abates mitrados, la charanga municipal de Lourdes, la escolanía de la basílica, turiferarios y el Santísimo Sacramento, llevado bajo palio por el Legado pontificio.

Cerraban la marcha los personajes del séquito del Legado, los cardenales con capa magna, el obispo de Tarbes y Lourdes con sus vicarios generales, los obispos y arzobispos, el representante de Colombia, los caballeros de Malta y del Santo Sepulcro, los titulares de diversas órdenes pontificias, los miembros del Comité permanente de los Congresos eucarísticos internacionales con su presidente monseñor Heylen, los miembros del Comité local del Congreso Eucarístico Internacional de Lourdes, los senadores, los diputados, los miembros del Cuerpo Diplomático, los académicos, los médicos de la Oficina de Comprobaciones de Lourdes, el alcalde y los consejeros municipales, los representantes de los Consejos generales de Obras católicas, los miembros de la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes y un pelotón de guías del Pirineo.

La procesión recorrió las principales calles de la población, que estaban alfombradas de flores y cuyas casas hallábanse vistosamente engalanadas, y al llegar a la plaza de la Basílica, donde había más de 50.000 personas, el Legado bendijo con la Custodia a la multitud.

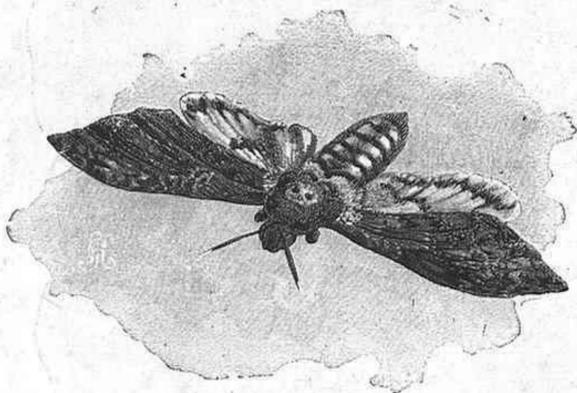
BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA VIDA DE LAS ABEJAS

POR Mauricio Maeterlinck

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL POR PEDRO DE TORNAMIRA

EDICIÓN ILUSTRADA



Esta obra, cuyo éxito es de los más grandes que se registran en la literatura contemporánea, es un poema delicado en prosa, en el que se habla de las abejas con verdadero amor y se describe entre raudales de poesía las maravillas de la vida íntima de esos pequeños seres, avalorándolas con reflexiones profundas.

En Francia se llevan impresas **sesenta ediciones** de este notable libro.

Un tomo encuadernado en tela y lomo pergamino.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN